perfil
de
cresta
Manuel Bernabé

MANUEL BERNABÉ

Perfil de Cresta

Frontispicio

por

CLARO M. RECTO

IMPRENTA CARMELO & BAUERMANN, INC.
MANILA
1957

I N D I C E

Página

FRONTISPICIO, POR CLARO M. RECTO v

I. ESTAMPAS Y PAISAJES

Mujer del pueblo 1
Aquella buena estirpe 2
Semblanza del Capitán Tagalo 5
Vesperal 6
Bendito mi Gallo Blanco 8
Frontis 10
Vida Bruja 11
Surco de Eternidades 13
Estampa Campestre 14
Vuelve a mí, Señor 15
Penitencia 17
La Noche era Día 18
Se vestirá de fiesta 20
No así el ánima viuda 21
Veterano 22
Gratitud 24
Jacinta Alcaraz 26
Erizada a Tierra de puñales 29
Romance de un Santo Día 32
Una Limosna por Dios 34
La Musa que parió una Estrella 36
Al pintor García Llamas 38
Retrogresión 39
Entonces y Mañana 40
¡Padre y Señor! 44
Estampas de Navidad 45
Años, ¿qué son los años? 47
Corazón, ¿qué más quieres? 48
Zapote 49
Al Sagrado Corazón de Jesús 54
Germinal 56
Canción de Estío 59
Sinceramente 61

II. ESPAÑA METIDA EN EL ALMA

Filipinas a España 63
Clavel de Eternidades 68

Pagina

Mi Casa es tu Casa 72
España y Sto. Domingo 76

III. CUANDO LA MUERTE NO ES MUERTE

Mi Madre se ha muerto 87
A donde Jesús te espera 89
Imploro 92
Como el cisne sobre el agua 96
Con oro y con empaque y sin decencia 100
Agua, Roca y Luz 101
Elegía del amor maternal 103
Suspiro de Dios 105

IV. QUERELLAS Y QUERENCIAS

¡Qué pena, pena! 107
Señor, no me la quites 108
Amores que son temores 109
Una pregunta 111
Despierta 112
Sin ruido 113
Es así 114
Mía 115
Te esperaba 116
Impulso 117
Agonías 118
El hilo del amor 119

V. LUTO EN LA TIERRA Y EN EL CIELO

Dios bendiga a América 121
¡Bataán, Corregidor! 124
La Romería de la Muerte 127
El Lobo 131
Milagros, el nombre de Ella 134
La última misa del padre Blas 139

VI. VOZ DE LOS POETAS DE ALLA

Salutación a Filipinas, José Ma. Pemán 145
A Manolo Bernabé desde un lugar de España, José Garcia Nieto 149
Soneto del adiós imposible, José Antonio Medrano 151

EN LA TUMBA DE MI MADRE

Porque la muerte era fuerte
venció a la vida, Señor;
Pero, muriendo en tu amor,
volví a vencer a la muerte.

COPYRIGHT 1957

MANUEL BERNABÉ

FRONTISPICIO

Más que "Perfil de Cresta" es perfil de gloria, sobre un fondo de resplandores de infinito, entre batir de reales estandartes — *vexilla regis* — y clarinear de emocionantes marsellesas, este libro de versos — *lúmen de lúmine, verbum caro factum* — que marca el segundo advenimiento de Manuel Bernabé, nuestro propio Marqués de Bradomín de Palanyag en lo que tiene de "católico, feo y sentimental," de "cínico y galante," y de cincelador de primores en la rica fabla de Miguel, Lope y Garcilaso. Este bardo sexagenario de rimas adolescentes realiza el portento de ser a un tiempo ocaso, orto y zenit, piedra filosofal hecha de una aleación mirífica de alborada, crepúsculo y mediodía, que si es eternidad para la materia, es para el espíritu inmortalidad.

Un tiempo me cupo el orgullo de construir el pórtico, que juzgaron bello, para un partenón de este Fidias filipino del verso castellano, que lucía la inscripción — "Cantos del Trópico." Es ahora mía la fortuna de labrar otro, más conceptuoso y menos barroco, para esta acrópolis en que se perfila la arrogante cresta del mismo bípedo plumario que hace un cuarto de siglo lanzó sus maitines tropicales con los espolones tintos en sangre de lidias literarias y el pico dardeado hacia el sol. Entonces dije de Manuel — criatura paradójica hecha de sensualidad y misticismo, "como un cardenal del Renacimiento," en quien el espíritu remonta las excelsitudes del arte verbal y la carne vence a las tentaciones capi-

tulando a ellas, que no, al modo del cartujo, macerándose con el cilicio, que recibiría en pleno la herencia poética de Cecilio Apóstol. Cuando pocos años después murió Apóstol, fué tan inmenso el dolor de sus discípulos, tan negra la orfandad en que nos sumió, que la vieja heredad literaria de la patria, "que fué un tiempo Itálica famosa," de súbito se me presentaba "campos de soledad, mustio collado," que pronuncié inhóspitos a futuras florecencias. En preterición de Bernabé declaré entonces que Apóstol había fallecido sin dejar descendientes directos que podrían reclamar con justos títulos la herencia poética de aquel genio de la raza, sino sólo colaterales más allá del sexto grado de consanguinidad, y por tanto su herencia quedaría yacente por tiempo indefinido. Con "Perfil de Cresta" reabro el intestado apostolino y declaro a Manuel heredero único y universal — mis títulos quedan a salvo, que son por fuero propio y no de causahabiente, ¿no es así, Manuel? — del maestro fallecido.

Una buena parte de este tesoro poético ha tenido mejor suerte que los famosos Perganimos del Mar Muerto, por haberla salvado de la incuria del mismo poeta y del incendio y del tumulto y confusión de las migraciones causados en suelo patrio por la última barbarie japonesa el celo y cuidado de unas vestales de la cátedra de Castellano que regentaba Bernabé en Letrán, donde él las embobaba, no ciertamente con lecciones de buena sintaxis, sino con la castiza prosodia de su declamación asombrosa, provocadora de emociones y defraudadora de los sentidos. Esas buenas damas sentimentales, sobre quienes ya debe de pesar y a quienes debe de pesarles ahora el gravamen de los años y la losa de tantos ensueños como el tiempo ha ido estrangulando, merecen, por

su devoción a las reliquias del poeta, los plácemes de la patria agradecida.

José García Nieto, valor auténtico en la nueva promoción poética de España, saluda al gran bardo filipino con este bello fragmento de romance:

"Allá, tus islas
sobre un mar numeroso y deseado,
guardan el nombre de mi Rey, y guardan
en verso magistral y castellano,
Manolo Bernabé, tu voz antigua
como la nuestra, tu encendido canto,
que llena el mundo en su total medida,
vence vientos contrarios
y vuelve a hacer posible con palabras
lo que fué con el cetro y con el brazo:
que no se ponga el sol para quien habla
el verso con que tú vienes a hablarnos"

Canta, poeta, canta, en verso castellano o tagalo — ¿qué importa el idioma? — hasta la hora, que espero venga morosa, en que serás, como tú mismo dijiste,

"polvo mezquino reintegrado al polvo,
para que no le nazcan ya ambiciones."

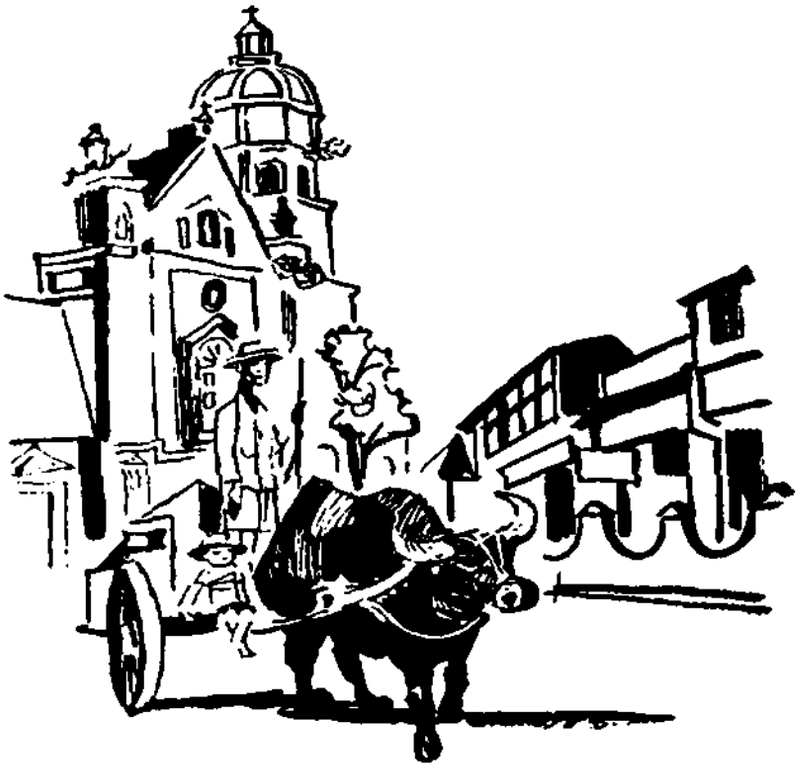
Canta, poeta, canta, "y no es desvarío" que, como tus versos a la Virgen del Rosario y al Corazón de Jesús, tu fama y tu nombre "reinarán sin mengua de Aparri hasta Joló."

Canta, poeta, canta. En el véspero de tu vida tus rimas aun encierran plenitud y claridades de energía solar, y tienes con ellas tantos títulos, excepto que eres Filipino — indio de Palanyag, por más señas — al Premio Nobel de Literatura, como Gabriela Mistral y Juan Ramón Jiménez.

Y ahora que, desecho de los años y de las tentaciones, has tenido que renunciar a Satanás, *et omnibus operibus ejus, et omnibus pompis ejus,* Manuel, *vade in pace.*

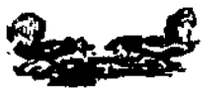
CLARO M. RECTO

ESTAMPAS Y PAISAJES



MUJER DEL PUEBLO

Mujer del pueblo, raigambre de historia,
luz del pasado, tú fuiste mi abuela,
mi madre, que me arrullaste en tu seno
nueve meses de martirios y penas.
Tú me abriste de la vida el camino,
tú me llevaste del templo a la escuela,
con una cruz rubricaste mis sienes,
bordaste el nombre de Dios en mi lengua,
y, ciñéndome corona de lauros,
me diste amor y me hiciste poeta.
Tu humildad generosa de hormiga,
tu dulzura universal de colmena,
son la sangre del Ayer que no muere,
y son la Tabla del Hoy que despierta.
Como en el seno de los caracoles
guarda el mar sus armonías secretas,
así en tu entraña, oh, mujer campesina,
guardas el porvenir. ¡Bendita seas!



AQUELLA BUENA ESTIRPE

Volcán el sol. Por la llanura, gente
que se tuesta la espalda. Va a la siembra.
Un carretón chirría lentamente.
La sementera es un olor a hembra
que los sentidos abre. Hembra dormida,
que sólo espera el cariñoso abrazo
para engendrar la vida.
Está esperando al Sol en su regazo.

Hay un río dormido en lontananza,
y sus trazos dibujan el sentido
de una nueva esperanza
en el agua, en las flores, en el nido.
Dueño y señor de la llanura inmensa,
el pastorcico, hijo de pastores,
está montando un carabao que piensa.
El no puede pensar. Sueña en amores.
Sueña en la moza púdica que tiene
los senos opulentos y lozanos;
aquélla que va y viene
con un haz de ilang-ilangs en las manos.
La fontana es amable, que simula
un surtidor celeste: la fontana
que serpea y ondula
en los rieles de luz de la mañana.

¡Oh, mañana, alegría
de los jóvenes de la gañanía!
Cruje el arado como una garganta
canta que canta;
y, loca de dar saltos, la semilla,
como una mariposa volandera
prendida en el airón de una cuchilla,
va a aliarse con el agua caminera
sacrificando el virginal tesoro,
para granar en cápsulas de oro.
¡Maravilloso instante, que señala
el connubio del valle y de la sierra!
¡Hora de taumaturgia que resbala
por las virginidades de la tierra!

Y yo me digo: — Estos matices rojos
tienen poder de evocación. Mirando
el grano en los rastrojos,
me parece que va resucitando
lo que en lejano ayer vieron mis ojos.
¡Bendito el mocerío que despierta
con el gallo rival por la mañana,
y con la mente y el vigor alerta,
labra con sus sudores la besana!
¡Cómo crecen los henos
y de gozo el ambiente se satura!
Cuando mañana, al fin, Madre Natura,
en eclosión sensual, abra los senos

brindando el goce de la mies madura,
podré cantar al menos:
— ¡He aquí la estirpe de unos hombres buenos
y una patria más pura!

SEMBLANZA DEL CAPITAN TAGALO

De sangre de guerreros, se aficiona
a los bellos corceles. Fluye de su persona
un principesco encanto, que a la atracción empuja,
como los sortilegios arcanos de una bruja.

Era una tarde. El sol, en su agonía,
se arrebujaba en sangre y amaranto;
nada tan sugerente como el adiós del día,
al fenecer las cosas disueltas en su llanto.
Las mozas retornaban de la áurea sementera
llevando en las cabezas mieses agavilladas:
el trino de sus voces por la amplia carretera
se derramaba. Pero bien claro era
que flores tan preciadas
tenían las corolas para el amor cerradas.

Levantando una nube de polvo, el capitán
pasa gallardamente en brioso alazán.
Caballo y caballero bordan graciosas huellas;
las mozas se detienen en mitad del sendero;
el caballo relincha, sonríe el caballero,
y la más bella de ellas,
no consiguiendo reprimir su afán,
coge una flor y, tímida, se la da al capitán.

Las compañeras ríen con infantil candor;
el capitán se inclina para besar la flor.
¡Quién es? — clama, mordido por la envidia, un gañán;
y todos, por instinto, responden: "El Amor".

VESPERAL

¡Oriente! Aureo despertar
del sol en cumbre bravía;
asomo del nuevo día
tras la puerta del hogar.
Fuego en el cielo y el mar,
burbujeante alegría
del rocío matinal.
¡Oh, purpúrea galanía,
yo te ofrendo el alma mía,
en la copa de un rosal!

¡Occidente! Tarde bella,
en que tremula una estrella
en la bruna lejanía;
hora en que madre y doncella
rezan el Avemaría;
cuando, menguada la luz,
a la vera del camino
se descubre el peregrino
y hace el signo de la cruz.

¡Hora en que las pardas yuntas
van perezosas y juntas
por el borroso sendero;
hora en que el padre severo
vuelve de la sementera

con la mano fatigosa,
mientras en casa la esposa
espera, espera y espera.

¡Sabrosa compensación
de las fatigas del día!
La mañana es la alegría
y la tarde la oración.

Porque canta en la alquería
el son, el suave son,
voz de la campana pía
que suena en el corazón.
¡El Oriente es la alegría!
¡El Ocaso es la oración!

BENDITO MI GALLO BLANCO

Gallo blanco. Airón de lidia,
plumaje tornasolado,
cuello fino interrogante
de alba asomándose al llano.
Patas recias, patas ágiles
de mucho andar por el campo.
No vió ejemplar más soberbio
el corral de Tío Juancho.
Al sol y a la luna un día
les robó, ladrón, el diablo
sus galas, para que fuera
luna y sol mi gallo blanco.
¡Ay, que ya en mi jaula duerme!
¡Ay, que ya me está cantando
con el alba, cuando nace,
rival de todos los pájaros!
— ¡Ay, que ya come el palay
en la cuenca de mis manos,
y son arrullo y caricias
sus *kikirikís* y saltos!
— Mozo, ¿por qué le desquicias
esa cresta sobre el raso
de su cabeza granate?
— ¿No sabe, por Dios, mi amo?
Por que la sangre rubrique

la frente y vea más claro.
— ¿Por qué le sobas tan duro?
— Para ser duro al asalto.
— ¡Ay, que me bailan los céntimos
que me ha dado mi trabajo!
Y pues la fiesta se viene,
es menester duplicarlos.
Bueno fuera que la vida
se fiase a piernas y brazos.
— A la gallera, el domingo.
¡Bendito mi gallo blanco!

FRONTIS

A Claro M. Rec[redacted]

Rica mansión, por donde pasa el leve
aire de los salones versallescos:
en un galimatías de arabescos
la mano artista sus quimeras mueve.

Dilatado aquel pórtico; éste breve;
los muros, bien labrados, si grotescos:
¡cómo ríen los arcos platerescos
su risa de oro, de esmeralda y nieve!

¡Soñar aquí, ya sin soñar en nada,
y, capturando el bienestar avaro,
habitar alma y cuerpo esta morada,

a la que alumbra entera, insigne Claro,
la hermosura de Aurora, como un hada,
y tu saber demiurgo, como un faro!

VIDA BRUJA

¡Te he gozado en pleno, Vida! La carne de las mujeres
y el perfume de las rosas. ¡Que nadie ose preguntar
el fulete mala conmigo y con tus dardos me hieres
para hacerme llorar!

¡Te he gozado en pleno, sí! Yo monté la caravana
de la risa, con mi insignia de galopín del amor:
los pecados en la noche los confieso a la mañana,
y, ¡en paz con el Señor!

Si pasé por los jardines, fué para cortar sus flores;
bebí el milagro del agua del más puro manantial;
míos fueron los gorjeos de los pájaros cantores
en la hora matinal.

Yo robé de los celajes la púrpura y la esmeralda,
y por eso en mis paletas triunfa el rojo verdemar:
una fontana escondida de los montes en la falda
me regaló el cantar.

Los crepúsculos me abrieron el flabel de sus sonrisas
y en un diluvio de auroras mi cítara sumergí;
y las Artes, con la gracia de unas vírgenes sumisas,
bailaron para mí.

Yo mordí recio en la pulpa de la fruta prohibida
que me dejó en las entrañas un regusto del Edén;
y, siendo poeta, nunca vestí la piel maldecida
del pobre Paul Verlaine.

¡Te he gozado en pleno, Vida! Risas, como cascabeles;
aplausos, a vendavales, y hasta el oro sin querer.
Para sazonar mis goces, la hieles se hicieron mieles,
y siempre, la mujer.

Pero bien se ve que el Hado signa hoy con su mano bruja
mi frente, donde se quiebran las muecas del antifaz,
y, sobre mi noche huera de luz de estrellas, dibuja
el alba de la paz.

Esta cama de mi encierro que el mal de mi mal acaba
brinda el presentimiento de una pila bautismal,
porque aquí, como en las aguas de un templo viejo, se lava
el yerro original.

¡Atrás, protervas imágenes de un ayer que ya no existe;
pesadumbre eternizada en una honda cicatriz!
¡Te he gozado en pleno, Vida! Pero ahora que estoy muy
triste,
¡me siento más feliz!

SURCO DE ETERNIDADES

A la UNIVERSIDAD DE STO. TOMÁS

Estoy frente a tu pórtico, y ya siento
¡oh, remanso de paz entre las venas!
fluir las aguas mansas y serenas
bajo el río sin fin del pensamiento.

Allí el reloj, la cúpula: el momento,
que glosa eternidades de faenas,
y pasan, como en ágoras de Atenas,
sombras que nutren el entendimiento

Y el corazón. Mi mocedad inquieta
vagó bajo tus árboles. De entonces
el mozo imberbe se vistió en poeta.

Toma tú mi cantar de cada día,
pues que, juntado al eco de tus bronces,
se convierte en trinada poesía.

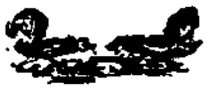
ESTAMPA CAMPESTRE

La tierra virginal, coquetamente,
abre la entraña al sol. Un hombre rudo,
en paganía de titán desnudo,
burla burlando arroja la simiente.

Veo desde mi celda cómo el agro
gana en un mes maternidad, y cómo
el hombre aquél, cantando sobre el lomo
de un carabao, sonríe ante el milagro.

La flecha de la vida voladora
pasará sin herir, si el hombre bueno
con la siembra en la mano, ora y labora.

Vivo mis pensamientos franciscanos:
la Tierra es madre que me da su seno,
y el sol y el carabao son mis hermanos.



¡VUELVE A MI, SEÑOR!

A solas estoy, sin estar conmigo,
y el tiempo barbudo sus flechas me lanza;
pero en esta celda, de mi paz testigo,
cada hora que pasa teje una esperanza.

Ya no me conozco. Esta nueva calma
me viene de Dios, después que los años
dejaron sin ruido en mi cuerpo y alma
su carga de arrugas y de desengaños.

Yo no desespero. La Fe todavía
me envuelve en sus alas misericordiosas:
en el horizonte aun no ha muerto el día
y en mi jardín ríen las últimas rosas.

La dulce enfermera y la blanca Hermana
y el fraile que luce tomasina veste,
son como unos ángeles que a cada mañana
lavan mis deseos en pozo celeste.

Y al bañarme el agua, que es toda fragancia,
levantan el vuelo ansias y pasiones,
y sólo se escucha, llenando la estancia,
el suave aleteo de mis oraciones.

Vuelve a mí, Señor, como tú volviste
a San Pablo, que iba ciego y errabundo:
tú también quisiste morir muerte triste
para que granase la salud del mundo.

Vuelve en la hostia blanca que yo de pequeño
comí, y te aposentas en mi ser, de suerte
que, al cerrar los ojos en el tul de un sueño,
sólo en la almohada de tu amor despierte.

PENITENCIA

Esta lluvia impenitente
descarga su loca furia
sobre mi frente inocente.

Y como el tiempo me injuria,
me vengaré degollando
los canes de la lujuria.

No sé ni cómo ni cuándo
el metal de mi conciencia
se irá ablandando, ablandando.

Un poco de penitencia,
y Dios me dará sin tasa
el maná de su indulgencia.

Y yo le abriré la casa
de mi corazón, ya hecho
nimbo y altar, mirra y brasa.

A la sombra de este techo,
la paz de Dios y mi alma
partirán un solo lecho.

Nadie robará mi calma,
y el penitente poeta
enarbolará la palma
de un moderno anacoreta.

LA NOCHE ERA DIA

La noche dormía
su blando sopor.
La noche era día,
rubia de esplendor.

Cantan alegría
en tono mayor
la azul serranía
y el verdoso alcor.

Ya la Profecía
cobró su vigor:
en Belén nacía
el Dios del Amor.

Cordero que guía
a un mundo mejor
por la blanca vía
que roza el dolor.

(Y la Epifanía
y el áureo Tabor
y, al fin, la agonía
de Nuestro Señor.)

El Niño yacía
en cuna menor:
la Virgen María
le daba calor.

Le hacen compañía
el rey y el pastor;
allá arriba ardía
la Osa Mayor.

¡Hilad melodía,
ave, estrella y flor,
que Santa María
parió al Redentor!

Pascua húmeda y fría,
vuélveme el candor
que diste aquel día
al rey y al pastor.

¡En el alma mía
renace, Señor!
Mi alma sólo ansía
vivir en tu amor.

SE VESTIRA DE FIESTA

Ausente de mis ojos mas no del sueño mío,
busco de noche y día tu templo solitario.
¿Por qué no vuelves ya a tu rincón vacío,
María del Rosario?

Mis pies heridos pisan los eslabones duros
que alfombran lo que un tiempo fué tu único santuario;
y herida de nostalgias, la mártir Intramuros
repasa tu rosario.

Ya la Naval aquella que orlaba de colores
las calles y ventanas de todo el vecindario
no oirá como de antaño los gozos y dolores
que cantan el rosario.

¿Dónde la niña aquella que andaba tan de prisa
y la arrugada vieja de cruz y escapulario,
y dónde la campana que nos llamaba a misa
en días del Rosario?

Del caminar del tiempo sólo un recuerdo resta,
como el humo escapado de un viejo lampadario.
Si vuelves, Intramuros se vestirá de fiesta,
¡oh, Virgen del Rosario!

NO ASI EL ANIMA VIUDA

El árbol melancólico y desnudo
levanta su cabeza en el paisaje:
un cielo gris, en lámina estirada,
luce un color de muerte, en media tarde.

El río soñoliento despereza
sus brazos mustios, como si un cadáver
fuera a quebrar su soledosa celda
para exhibir la podre de su carne.

¡Con cuánta pesadez resbala el tiempo
sobre las rosas del jardín! No hay nadie
que ose bordar caminos en el césped
ni bañar los claveles en su sangre.

Los pájaros canturrian sus quejumbres
musicando las lágrimas del parque,
y ya no se persiguen amorosos
los peces macilentos del estanque.

Porque se ha muerto el sol en pleno día,
es de noche en la frente de la tarde:
no así, empero, en mi ánima viuda,
que ve en las sombras rebrillar tu imagen.

VETERANO

Viejecito que viste el baile de las llamas
y el rito de los bolos dispares en la mano:
estampa venerable de ayer, ¿cómo te llamas?
¡Veterano!

Aun suena el oro viejo de tu veteranía
como campana ingrávida del templo ciudadano:
tu palabra callada es el sermón del día:
¡Veterano!

Te doblas como espiga que ha castigado el vien
sobre tu espalda rota vive un tiempo lejano;
hay en tus cicatrices temblor de monumento:
¡Veterano!

Río vertiginoso, el porvenir se expande
y abre a nuestras pupilas un mundo sobrehumano;
mas, ¿quién tu gesta mide por lo que fué, de gran
¡Veterano!

Y porque fueron grandes y solas tus hazañas,
diste remordimiento al yanqui y al hispano;
era espada en tu diestra la punta de las cañas,
¡Veterano!

Ni la hosquedad del bosque ni la ira de los ríos
ni la traición nocturna ni el odio del pantano,
ni cardos ni alimañas robáronte los bríos,
¡Veterano!

Mientras la tierra loca de resplandor se viste
[illegible]blan los valores yendo de mano en mano,
[illegible]ste en tu vida, en lo que siempre fuiste:
¡Veterano!

[illegible]ua frágil de bengala o envilecida escoria,
[illegible] los alfeñiques del drama cotidiano;
[illegible]o sobrevives, carne de nuestra historia,
¡Veterano!

Dios quiera que tu siembra en campos de virtudes
[illegible], en el surco abierto, la plenitud del grano;
[illegible] tanto barro estéril entre las juventudes,
¡Veterano!

Que cada casa sea, para rezarte, un templo,
[illegible] como al andar te guiamos de la mano,
[illegible] nuestras conciencias prestándoles tu ejemplo,
¡Veterano!

GRATITUD

Os doy mi corazón. No vale tanto
darlo en pedazos como darlo entero;
¿qué vale el mejor canto
si no se canta entero y verdadero?

De mi florida rama desgajada
han saltado las flores; mas ¿qué importa?
La suerte ya está echada,
y si la vida es corta,
queda la gratitud, que sobrenada.

¿Qué más podéis pedir de aquél que un día
del barro de la tierra hizo poesía
para plasmar un orbe ilusionado?
¿De aquél que un día, desplegando velas,
condujo nuestras barcas paralelas
rumbo al Azul, sin aire de pecado?

(¡Oh vientecillo alado
que tientas a la frágil mariposa!)
Clavó la tentación en mí su espada:
¿quién curará mi carne ensangrentada?

Yo me debo a vosotros, cual la rosa
se debe al rubio sol que la fecunda;
y el sol, como la rosa primorosa,
os regala su nimbo, antes que se hunda.

¿Por qué llorar la vida en su rodaje
mecánico y astral? Todos debemos
aviarnos de luz para el gran viaje;
y no cabe arribar a los extremos
sin antes comulgar con el paisaje.

Sin techo que me cubra, sin amores
adonde refugiarme, me acomodo.
Se busca polvo de astros. Ya mis flores
han vertido su olor, después de todo.

Como los hijos de mi barrio, vivo
en la quietud de mi ínfimo universo:
cuando me muerde el corazón, escribo,
pero dejando el corazón cautivo
siempre en la cárcel musical de un verso.

¡Peñistas, mis hermanos!
Juntemos nuestras manos
y recemos en son de letanía:
¡Dános Señor, el pan de cada día
y con el pan inviernos y veranos,
mieles de amor y sales de alegría;
pero todo en un vaso de Poesía,
con burbujas de ritmos castellanos!

JACINTA ALCARAZ

Es ella una dama
garbosa y gentil,
que tiene, cuando ama,
el fuego que inflama
las rosas de abril.

Reparte indulgente
sus dones de paz,
y, sencillamente,
le llama la gente:
Jacinta Alcaraz.

Un amor tenía,
ídolo y señor;
pero un negro día,
la muerte, la impía,
le robó su amor.

Con amargo llanto
que fluía al mar,
lloró su quebranto:
¡la que sufre tanto
tiene que llorar!

Amor que es de la tierra,
a ella ha de volver;
hoy busca en la guerra

su alivio; la aterra
volver a querer.

Arroz y cuidados
tiene para el bien
de nuestros soldados;
joyas y brocados
les diera también.

Y firme en su empeño,
aquel corazón
no quiere más dueño:
le basta un Ensueño,
la Revolución.

Cual cerúlea llama
o ala de huracán,
se esparció su fama:
más bendita dama
no habrá en Bulacán.

El Maestro anciano
la vió y la llamó,
y, en premio galano,
le tendió una mano
y un papel le dió.

Papel de hidalguía,
nobiliario don,
que igual le daría

cualquier Monarquía
de limpio blasón.

Y, sin que lo impida
su encanto fugaz,
real o fingida,
es Condesa en vida
Jacinta Alcaraz.

ERIZADA LA TIERRA DE PUÑALES.

—Hermana Caridad, ¿de dónde vienes?
—De la entraña de Dios. Y tú, ¿qué tienes,
que pareces la estampa del dolor?
—Pues lágrimas sin fin. La vida es triste:
la migaja de amor que ayer me diste
aun pide más amor.

Diálogo gris. La Caridad hermana
es más bella que nunca. De ella emana
un perfume de gracia y de perdón.
—Para cada miseria que te acuita,
tengo una dulce dádiva infinita:
mi propio corazón.

—Gracias, hermana. La impiadosa tierra
me muerde las entrañas, y me aterra
ver en sombras los cielos de zafir.
Tengo frío. Socórreme en seguida:
se me fugan los ríos de la vida
que van al porvenir.

—No temas. Soy contigo. En mi piscina
has de bañarte. Comerás mi harina
y en mis regalos saciarás tu afán.
Para quererte, el mundo es muy pequeño.

Ven junto a mí. Yo arrullaré tu sueño
y te daré mi pan.

— Gracias, hermana. El corazón de roca
se disuelve a tu voz. Tu nívea toca
resbala sobre el mundo de oropel.
Mientras ruge el ciclón en la dehesa,
ven a esparcir sobre mi pobre mesa
tu rosa y tu hidromiel.

— Sí, eso soy. Por sobre la mar camino,
y arrastrando mi túnica de lino
doy al aire los ecos de mi voz;
para zurcir las esperanzas rotas,
para tejer las inmortales notas,
¡soy la canción de Dios!

— Verdad, hermana. Sin tu amor celeste,
trajera el diablo hambre, guerra y peste,
— bestia loca y voraz —.
Pudrideros al sol los hospitales,
y erizada la tierra de puñales,
¿adónde irá la paz?

— La paz está conmigo. Todavía
canta en mi ser la sola melodía
que acompasa el enjambre universal.
¡Qué suavidad y música en mi acento!
Ven y verás. Lo que se llevó el viento
no fué de mi rosal.

— Verdad, hermana. Con tu amor legislas
y con tu amor gobiernas. Estas islas
florecen con tus siembras de piedad.
La hora en que renuncies a tu imperio,
sin pan ni sol, sería un cementerio
la pobre Humanidad.

Diálogo, fin. La Caridad hermana
es aún más Caridad. Va la mañana
vistiéndose de gala, — luz y flor —.
El jardín es un triunfo de rosales,
y, caravana tétrica, los males
huyendo van, en busca del amor.

ROMANCE DE UN SANTO DIA

En el jardín mañanero
se van cuajando las rosas,
y el sol cenital alumbra
el trasiego de las horas.
Oleadas de alegría
en los pechos se desbordan,
en tanto rasgan los aires
coplas de vida y más coplas,
como músicas que suben
del corazón a la boca.

¡Sor Carmen Reta! En vuestra alma
de mujer y de española,
se han fundido en un abrazo
de primavera y aurora,
la mansedumbre del agua
y la paz de la paloma,
la castidad de los lirios
y la fuerza de la roca.

Así vuestra vida ha sido
aquí y en España, glosa
de virtudes cardinales,
vaso de luz en la sombra,
carne pura macerada
en los sacrificios, concha

que va guardando en su seno
el milagro de la honra.

Huidiza para la tierra,
Dios os tomó por esposa,
y el cielo y la tierra ardieron
en fiestas por esa boda;
¡oh, epitalamio que teje
los estambres de la gloria,
guarneciendo vuestro tálamo
en las celestes alcobas!

¡Blanca claridad del alma,
igual que la blanca toca!
¡Cómo rebrincan rivales
el cielo y la tierra loca,
aquél para haceros astro,
y ésta para haceros rosa!
(Disputa de tierra y cielo
por una monja española).

¡Que Dios os dé luengos años,
salud y fuerza de sobra
para que sigáis cumpliendo
vuestra misión generosa!
¡Que esas manos no flaqueen,
que esa ilusión no se rompa,
que en vuestro andar por el mundo,
vuestra siembra se recoja!

¡UNA LIMOSNA POR DIOS!

¿No suena a grito de angustia,
íntima queja, oración,
cuando nos dice una vieja:
"Una limosna por Dios?"

En el atrio de una iglesia
está sonando esa voz
días, y meses, y años,
en la lluvia, bajo el sol.

Voz de anciana arrugadita,
sin un hijo de su amor;
— el que la pobre ha tenido
ha muerto o la abandonó.

En los palenques del mundo,
en las ferias de color,
en la barahunda de la urbe,
en cualquier plaza o rincón;

Surge esta vieja, una estampa,
que el arte humano pintó,
agria mueca de hambre frente
al egoísmo feroz.

¡Viejecita mía, madre
mendiga, escucho tu voz,
y parece que resbala
dentro de mi corazón!

Vendrán días, vendrán noches,
vendrá el agua, vendrá el sol,
y en las puertas de los templos,
en las ferias de color,

a la vera del camino,
clavadita en tu rincón,
seguirás limosneando,
pidiendo cobre o arroz.

Pero pasará la gente,
sin dolor de tu dolor . . .
— (la Piedad huyó del mundo
en las alas de un avión.) —

Hasta que un día, ese día,
que esperamos, ¡ay! tú y yo,
se arremolinará el pueblo
para saber quién murió;

y ya no sonará nunca
la agonía de tu voz,
que temblando nos pedía
"Una limosna, por Dios."

Porque, libre, voló el alma,
y allá arriba el buen Señor,
te otorgó lo que en la tierra
el mal hombre te negó.

LA MUSA QUE PARIÓ UNA ESTRELLA

Tu musa, largo tiempo encinta,
soñaba parir una estrella,
y héte que, entre luces de tinta,
nos da, hecha carne, su Marella.

Marella es un libro-tesoro
que pinta bajo el tul de un sueño
a una mujer con alma de oro,
envuelta en peplo batangueño.

Juntó a su corazón de cera
una voluntad de diamante;
y, a pesar de ser bella, era
la más brava y la más amante.

En la plenitud de su verbo
levantó patria y fundó escuela;
vació para el común acervo
todo el oro de su escarcela.

Dibujó en los surcos humanos
una estela de claridades,
y a nardos olían sus manos
cuando vendían caridades.

Por eso amor se hizo dolor
hermano para ajenos males;
todos sentimos el calor
de sus entrañas maternales.

Ahora, aunque ya no vive ella,
como un ala de ángel, su huella
la piel de nuestras carnes roza:
Ella revive en la "Marella"
de don Francisco Zaragoza.

AL PINTOR GARCIA LLAMAS

Dios te prestó el impulso soberano
y, en una brujería de primores,
ví fluir cataratas de colores
regidas por los dedos de tu mano.

Acaso estén Velázquez y el Ticiano
en la línea de tus antecesores,
porque pintas amores y dolores,
juntando lo divino con lo humano.

Te miro bello y juvenil. Absorbe
el talismán de tu pincel el orbe
en ágil sucesión de panoramas;

y hay tanto sol y luna en tu paleta,
que todas mis creaciones de poeta
no crean lo que tú, García Llamas.

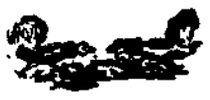
RETROGRESION

Soñé que, al fin, sin odios ni querellas,
la libertad, como un amor, venía,
y que sobre los montes refulgía
la bandera del Sol y las Estrellas.

Soñé que el niño y la mujer quebraban
los hierros de la vieja ligadura,
y que unos hombres de conciencia pura
con la mujer y el niño caminaban.

Esto soñé. Pero la aurora vino,
y ví que se moría la quimera,
asfixiada en el pecho filipino;

porque los hombres de conciencia entera
cambiaron por lentejas del camino
las Estrellas y el Sol de su bandera.



ENTONCES Y MAÑANA

Damas y señores de la juglaría:
¿Recordáis aquellos jardines que un día
—la mano del tiempo sus rosas cortó—
daban a los aires su olor a champacas,
mientras, recostados en blandas hamacas,
tejíamos sueños vosotros y yo?

¿Recordáis aquella muselina leve
y la falda larga ciñendo un pie breve,
que ocultaba un lindo calcañar de flor?
¿Veis a la abuelita, que aún no era abuelita,
pues era sólo una muchacha bonita,
que en donde pasaba sembraba el amor?

¿Recordáis aquellos saraos elegantes,
un triunfo de músicas y claros brillantes
en la galana época de la juventud?
El cuerpo bailaba y el alma reía,
mas nunca en aquellas zarzas de alegría
sus blancos vellones dejó la Virtud.

¿Y aquellas jaranas de noches de junio,
en que unos mocitos, bajo el plenilunio,
rasgaban guitarras con rítmico son,
cantando a la moza, que no se asomaba,
aunque, en ocasiones, la madre volcaba
un jarro de agua sobre la canción?

Yo sí lo recuerdo. ¡Feliz si pudiera
llamarle de nuevo a la primavera
para que orle el templo azul de mi fe,
y así, en la nostalgia de un amor distante,
cerrando los ojos, volver un instante
a vivir los años de la edad que fué!

Ha treinta y tres años. Allá en el camino,
hito de leyenda, el CLUB FILIPINO
con piedras y almas levantó su hogar;
hogar, que era el símbolo de nuestros hogares,
porque, por encima de tiempos y azares,
la Patria en su seno tenía un altar.

Y mientras la virgen hilaba la rueca
y soplaba el fuego de la leña seca
y el ama gruñía al tío gruñón,
y el galán bajaba desde las colinas,
con su carga al hombro de mieses aurinas,
en la tarde tarde, que canta oración;

El CLUB FILIPINO, como un arcipreste,
rumiaba en silencio su ensueño celeste
de jugos de espíritu y sangre de amor:
fecundó los campos riego de sudores,
y no paró el huerto hasta dar sus flores
la rosa granada de un pueblo mejor.

Yo ví a caballeros y damas preclaras,
— nuevos Isaganis y María Claras —
mirar el boato con noble desdén,
y con la bandera del Club en revuelo,
sembrar en la tierra estrellas del cielo
y atar a las almas con lazos de bien.

Pero el tiempo, como un pájaro herido
bajo las dos alas, se quedó dormido
en el mediodía de su resplandor.
(En tanto, el avión va a la estratoesfera
y los automóviles matan la quimera,
como un elefante que pisa una flor).

¡Pedazo de cielo de treinta y tres años!
Te atisbo en la nube de tus desengaños,
ansiando impaciente la vuelta del sol;
y es que las plegarias de nuestras mujeres
se ahogan ya en el grito de los mercaderes
o entre las blasfemias de algun *dancing hall.*

¡Del buen tiempo ido ya sólo subsiste
el lejano aroma de algo que no existe!
¡Agua que se escurre de entre el manantial!
¡Incensario de oro que ardió y ya no arde!
¡Rosa mañanera marchita a la tarde!
¡Poema de lágrimas que fué madrigal!

Pero yo soy como aquel viejo cura
que en su fe tenía su propia armadura;
el brazo en el báculo, iba al porvenir.
EL CLUB FILIPINO es de aquella traza;
el CLUB FILIPINO se afinca en la raza,
y la raza nuestra no puede morir.

Y no morirá, mientras en la hoguera
salten aún las chispas de aquella quimera
cifrada en tres nombres: Patria, Fe y Amor;
mientras la abuelita, que aun no era abuelita,
siga murmurando su oración bendita
y legue a sus nietas su antiguo pudor.

¡Pudor y Energía! Los dos solos modos
del CLUB FILIPINO, la Casa de Todos,
Alcázar de hombría y femineidad.
El CLUB FILIPINO cumple años, no es viejo:
cada año que pasa es sólo un reflejo
en el oceano de su eternidad.

(Poesia declamada por el señor Ramón Zaragoza con motivo del 33° aniversario del "Club Filipino")

¡PADRE Y SEÑOR!

¡Padre y señor de nuestras heredades,
que, dando al brazo maestría y tino,
incrustaste en el dombo filipino
tres estrellas y un sol de libertades!

Paseaste, entre turbas y ciudades,
tu lábaro de ley; y en el camino
fundaste un nación, con un destino
que pondrá luz y envidia en las edades.

Numen y voz en la amplitud asiática,
cultivaste la prédica y la plática
que hasta América oyó. Y fué tu suerte,

granadas tus quimeras intranquilas,
entrar en los recintos de la muerte
cuajando Dios y Patria en las pupilas.

ESTAMPAS DE NAVIDAD

Es en las noches gélidas,
mes de diciembre,
cuando el frío, como un hierro,
las carnes muerde.

La campana de la ermita
los aires hiende,
y hay un rumor campesino
de feligreses.

¡Cómo el alma juega al sol,
y el sol la prende,
gozándola entre los oros
de sus caireles!

¡Cómo reza, cómo canta,
cómo se aduerme,
mientras envuelven los montes
tules de nieve!

Los cielos, argentería,
el campo, verde;
en el azul se enrosarian
cantos y preces.

La tierra huele a milagro
omnipotente;
y es que en Judá nace el Niño
en un pesebre.

Hace de esto dos mil años —
(hoy 37) —
pero el mundo ya no es mundo,
ni aquél es éste.

Al corderillo le acecha
el lobo aleve,
y ya los pueblos se enseñan
los duros dientes.

(España es un mar de sangre,
el Asia hierve).
¡Buen Jesús, vuelve a nacer
en un pesebre!

¿AÑOS, QUÉ SON LOS AÑOS?

*(Traducción del inglés — "Years, What are Years")**

La edad es sólo el ritmo de un estado interior:
si has renunciado al vuelo de tu quimera en flor,
y de tu amor ya frío no queda ni un reflejo;
si tus ojos no saben mirar en lontananza,
y se ha apagado el fuego de tu última esperanza:
entonces, eres viejo.

Pero si de la vida exprimes lo mejor,
y encuentras en la vida la savia del humor,
y en el amor te afincas, marchando en su cortejo;
entonces, nada importa que vuelen los instantes,
nada importa que rueden los años incesantes,
tú, no eres viejo.

* YEARS, WHAT ARE YEARS?—Age is a quality of mind.—If you have left your dreams behind—And love is cold;—If you no longer look ahead,—And your ambitions' fires are dead;—Then, you are old.—But if from life you take the best,—And in life you find the jest,—And in love you hold;—Then, no matter how the moments fly,—No matter how the years roll by,—You are not old.—CARLOS BERNABE

CORAZÓN, ¿QUÉ MÁS QUIERES?

Los días van pasando, van muriendo los días,
y la pálida muerte me hace señas no lejos:
esta vida, despojo de muertas alegrías,
va con la caravana a donde van los viejos.

Fantasmas de esperanza, quimeras tornadizas
que la mano del tiempo ha tronchado, ¿qué son
sino una larga lluvia de sueños en cenizas
sobre el páramo estéril del pobre corazón?

Pero quiero morir sin pena y con decoro;
pues si me negó el mundo insignias de poderes,
caricias de mujer y bienandanzas de oro;

en cambio sin poderes, sin oro y sin mujeres,
tengo la poesía, como el mayor tesoro:
— Si has de volver a Dios, corazón, ¿qué más quieres?

ZAPOTE

Ayer lo ví; ¡mi sueño se ha cumplido!
Lo admiré muy de cerca
y sorprendí en sus tierras desiguales
la espléndida y feraz naturaleza.

Iba con mi caballo, enorme potro
de recio tórax y nariz inmensa;
su cola finge un arco chispeante
y su erizada crin una bandera.
Y, ¡qué dichoso iba con él! En tanto
sus cascos repicaban en la yerba
y su relincho agudo estremecía
la convecina adormilada selva,
mi alma, que asida vive
a nuestra edad pretérita,
vagó por los contornos de Zapote,
cargados de leyenda,
cruzó su puente y abrevó en su río,
y, a fuerza de intuición,vacióse en ella
la fuerte y penetrante poesía
de aquel pedazo de la amada tierra.

Podrá ser que a los ojos
la desgarrada perspectiva aquélla
haya cambiado, como yo he cambiado

de aspecto y de sentires de poeta;
podrá ser que las mansas recaídas
perdieran su equilibrio, y las malezas
no oculten ya minúsculos fragmentos
de las nativas sólidas trincheras;
será que la visión ya no resbala
tan pura y tan sutil; pero, ¿qué lengua
habrá en la vida que a cantar rehuse
la sin igual naturaleza aquélla,
en sus encantos única,
filipina en su esencia,
impregnada de olores campesinos
y opulenta de vida romancesca,
con sus sonantes aflautadas cañas,
con sus solemnes soledades épicas,
con la alegría de sus aguas puras,
con sus fecundas sementeras buenas,
donde hay rumores que al oído halagan
y pinceladas que la vista alegran,
donde todo parece hablar al alma
de cien gloriosas gestas
de los hermanos que en la airada lucha
reconquistaron libertad y hacienda?

¡Cuán breve el puente, mas cuán largo el río!
Sus suaves riberas,
vestidas de follaje sempiterno,

se miran y se besan.
Allí, cuando era niño,
dos formidables encontradas fuerzas,
—la de España, orgullosa y soberana,
y la de Filipinas irredenta, —
se vieron, se midieron, se retaron,
y la alborada bella
iluminó montones de cadáveres
al pie de la bandera.

. . . . . .

¡Albert, Evangelista, héroes sin nombre,
la historia de dos pueblos os recuerda!

. . . . . .

El agua inmaculada,
que se desliza entre las hondas cuencas,
va mojando las flores de la orilla,
y con su hermano sol, fecunda y riega
los anchos palayales,
henchidos de esperanza y de promesa.

Se oye a distancia, bajo el fuego hirviente
del sol que cabrillea,
trepidar la veloz locomotora,
que en sus entrañas lleva
apretadas legiones del Trabajo
en típica algarada kabiteña.

Y ¿qué cuadro habrá igual? En la alta noche,
cuando la luna llena
baña desde el cenit en lluvias de oro
la dormida arboleda,
¿qué habrá en el sitio agreste
que todo lo serena?
Rumor de arrullos y batir de plumas,
alegría del cielo y de la tierra.
Mas cuando en la honda noche,
se insinúa en los valles la tiniebla,
y en tocas de viuda
se envuelven el cañal y la floresta,
¿qué tendrán los espacios
semi-teñidos de tristeza austera?
Los cuervos graznan, se amodorra el agua,
y hasta el ambiente mismo ¡cuánto pesa!
Santas voces de mártires
la calma turban y a decir empiezan:
—Hermanos: Consagrad sentidas preces
a la memoria nuestra:
éste es el sitio en que el valor indígena
rompió antiguas barreras,
donde caímos y cayeron ellos,
donde rendimos a la patria en prenda,
de las arterias sangre,
cogüelmo de la idea.
Sudor y sangre preparó el barbecho,
¡tenéis asegurada la cosecha!

A ambos lados del río
se yergue hermosa aldea;
los frutos de los árboles abuelos
la nutren y alimentan.
Partiendo la corriente
se alzan las redes de un corral de pesca:
aran los campos los gañanes rudos,
van lavando y cosiendo las doncellas,
que está el ambiente aquél tan silencioso,
cargado de vigor y de inocencia.

Todos me dicen que en su hogar de nipa
se transforma en altar cada conciencia,
donde el amor a la tierruca vence
los más caros amores de la tierra.
Allí están, día y noche,
zurciendo historias viejas
y recitando, al golpe de la azada,
qué sé yo de "corridos" y leyendas.
¡Ay, lloran de alegría cuando cantan,
y sabe a miel su rústica elocuencia!

Ellos me juran que su fe no ha muerto;
que Dios con ellos por Zapote vela;
que hasta los hijos de sus pobres hijos
al pie del puente plantarán su tienda:
cristiano, amar a Dios, y filipino,
poner la fe en la patria y defenderla.

AL SAGRADO CORAZON DE JESUS
HIMNO

Coro:

No más amor que el tuyo,
oh, Corazón divino;
el pueblo filipino
te da su corazón.
En templos y en hogares
te invoque nuestra lengua:
Tú reinarás sin mengua,
de Aparri hasta Joló.

Primera estrofa:

Ha tiempo que esperamos
tu imperio en el Oriente;
la fe de Filipinas
es como el sol, ardiente,
como la roca, firme,
inmensa, como el mar.
La iniquidad no puede
ser de estas Islas dueña;
que, izada en nuestros montes
tu celestial enseña,
las puertas del infierno
no prevalecerán.

Segunda estrofa:

Sea el primer vocablo
que aprenda el tierno infante
y el último sollozo
en el mortal instante
tu nombre venerando,
más fuerte que el imán.
La esposa enseñe al hombre
a amarte con cariño;
la madre al hijo diga
tus glorias desde niño,
y fórmese en tu espejo
la vida del hogar.

GERMINAL

(A los magnates del azúcar en una fiesta del "Kabírup.")

¡Saludo a vosotros, gentiles romeros,
que habéis advenido de pueblos lejanos!
Como sois la flor de los caballeros,
no vieron mejores ni cumbres ni llanos.

Del indio poeta el ritmo fragante
palpite en los labios de clara doncella;
y sea la estancia crisol de diamante,
perfume de rosa, corimbo de estrella.

Sois la carne dura de toda Energía,
martillo en el yunque, rugiente y sonoro;
trabajo en la noche, trabajo en el día,
por que den los campos sus mieles de oro.

Por las sementeras que el arado borda
simulan los surcos pautas siderales,
y como una entraña que en luz se desborda,
abren sus flabeles los cañadulzales.

Las máquinas rugen y van *in crescendo,*
por las chimeneas se ensortija el humo,
y es de oir las cañas prensadas gimiendo,
gimiendo y pariendo torrentes de zumo.

Es de ver las selvas, al este y oeste,
de puntas de verde apuntando al monte;
el mar onduloso de extensión agreste
que, siempre estirándose, besa el horizonte.

De la siesta estiva el ígneo bochorno
derrama en el aire calores de fragua,
y entonces el valle dormido en un horno,
nada en la inefable bendición del agua.

Ruedan los molinos sobre la melaza
y saltan las gracias del residuo impuro:
¡gesta laboriosa de fecunda Raza
que riega con sangre el Arbol Futuro!

Salud a vosotros, Príncipes del Agro,
que echáis la semilla bajo la honda entraña:
cada aurora nueva forjará el milagro,
el milagro de oro de la miel de caña.

Y mientras urdimos versos imperiales
y enhebran las Hadas los tules de un cuento,
¡seguid fabricando los ricos panales,
que son la más bella canción del momento!

Y mientras fundimos, en épicas luchas,
de las libertades la santa campana,
¡seguid rellenando las aurinas huchas,
que son el apoyo del Hoy y el Mañana!

¡Que el clásico arado los campos taladre!
¡Vivid encorvados sobre la terraza!
¡El agro nativo es seno de madre
que dará a sus hijos el pan de la Raza!

CANCION DE ESTIO

Doy a los vientos mi canción de angustia,
reflorecida bajo el sol de estío;
estrofas impregnadas de quejumbres
y lágrimas vertidas de hilo en hilo.
La siesta, — toda azul y calma, — presta
coruscaciones diáfanas al río . . .
Princesa, ve a buscar cesta de mimbre
en el profundo corazón del Nilo.

La caña, como un arpa, se estremece;
el aire en los mangales se cimbrea,
y ambos a dos, tu corazón y el mío,
se entregan al deleite de la siesta.
. . . (¿Por qué te ríes?) Y en compases trémulos
la hamaca azul se anima y balancea.
!Huf! . . . !Huf! . . . Arriba el Padre Sol fecundo
las eminentes cúspides retuesta.

En la villa, el Trabajo santifica
la actividad febril de los hogares,
el monorrimo paso de la aguja
que empuñan manos de hembras perspicaces.
A la orilla del lago desmayado
haciendo coro al sueño de los mares,
sólo se escucha el diálogo porfiado
de un enjambre de párvulos rapaces.

Viviendo en santa paz bajo las frondas
que reverdece el soplo del verano,
habré de disipar cuitas muy hondas
y acercarme a ti, Amor, Amor humano.
Cada vez que el paraje se resienta,
caerá del cielo lluvia bendecida.
Abra la flor su entraña, harto sedienta,
y reciba la esencia de la vida.

SINCERAMENTE

Para el Dr. José E. Montes

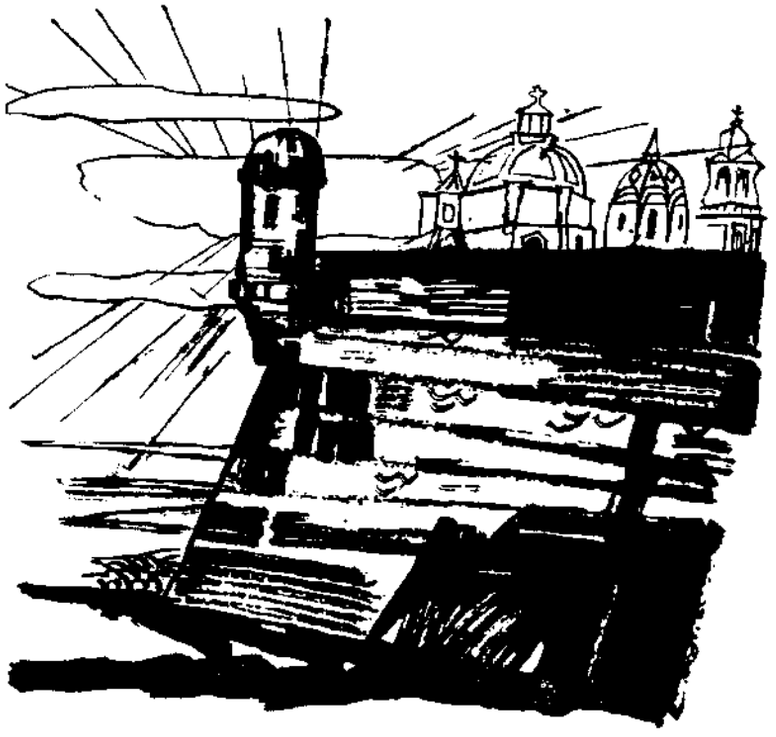
Ya ves. Soy una vida nueva, gracias
a ese átomo de sol que de ti vino;
y ese milagro rebotó en el vino
que en tu mano pusieron las Tres Gracias.

Gracias a ti, que en el espacio espacias
tu mirar, entre fino y aquilino:
grano de sal dorando lo mezquino,
das al saber divinas eficacias.

Tu ciencia es religión. Por eso tienes
lo que no tienen otros en la vida:
gotas de miel en vasos de helenismo.

Así, aullando en la noche los desdenes,
vas cerrando los surcos de la herida
con un hilo de bien, que es el bien mismo.

ESPAÑA METIDA EN EL ALMA



FILIPINAS A ESPAÑA

La dulce Hija, postrándose de hinojos,
dice a la Madre, a tiempo que sus ojos
leve cendal de lágrimas empaña:
—Dios ha dispuesto el término del plazo,
y ya es la hora de romper el lazo
que nos unió tres siglos, ¡Madre España!

¡Madre, sí, madre! Sobre mi haz tendido
va fermentando el anhelar dormido
y el germen abonado se agiganta;
la gratitud es flor del alma mía,
y no muere la clásica hidalguía
donde se irgue tu cruz, tres veces santa.

Puede venir el águila altanera
y hundir el corvo pico en la bandera
de gualda y oro, que nos da alegría;
podrán poner a mi garganta un nudo,
que cuando el labio se retuerza mudo,
irá a gritar el alma: "¡Madre mía!"

¡Dichoso instante aquél que vió a las olas
dialogar con las naves españolas,
llevando a Limasawa a Magallanes!
De entonces a hoy, portentos mil se han visto,
y es que el poder de España arraiga en Cristo,
manso y sin hiel, multiplicando panes.

Soberbio es tu ideal, como tu gloria.
Largos siglos ataste a la victoria
al carro de tu vieja monarquía.
¿Cómo no amar tu gesta no igualada,
si en las fronteras que humilló tu espada,
el gran disco del sol no se ponía?

Mas, no es la espada omnipotente sólo
la que al brillar del uno al otro polo,
obró cien maravillas en el llano:
es la esencia vital de las Españas,
que al invadir palacios y cabañas,
prestó eficacia al ideal cristiano;

Quien empuñó con varonil denuedo,
en los tiempos de Lope y de Quevedo,
«el cetro de oro y el blasón divino»;
quien sembró fe en la individual conciencia,
decoro en la mujer, que es otra herencia,
luz en las mentes y oro en el camino;

La que duerme arrullada por el cántico
de las ingentes olas del Atlántico;
la que empujó a Colón hasta la entraña
del mundo nuevo, que copió su hechura;
la que llevó a los pueblos fe y cultura
y auras de libertad . . . Esa es España.

España, la invencible soñadora,
que monta Rocinantes a deshora,
los toros lidia, viste la mantilla,
ama la jota y al danzón se entrega,
mas cuyo acero no es una hoz que siega,
sino arado que pone la semilla;

La patria de la vid y la verbena,
que fía a la guitarra su honda pena,
dominadora de la Argel moruna;
la que las tierras incas civiliza,
hidalgo pueblo, de otros cien nodriza,
única madre que meció mi cuna.

Los claustros de tus Cuevas y tus Prados
noche y día miráronse atestados
de hijos nativos, del saber amantes;
hiciste héroes y armaste caballeros,
y aun late en el cantar de mis troveros
la dulcísima lengua de Cervantes.

¡Oh, rica fabla espiritual! Simula
cordaje de una cítara que ondula,
es blanca arcilla y música ese idioma;
claro choque de perlas y corales,
remedo de los coros celestiales
que de Dios mismo su raigambre toma.

Si lloro, se unifica con mi llanto;
impregna hasta el *kundiman* cuando canto,
y es en la liza imprecación alerta.
Podrán hurtarme mis veneros de oro;
pero, al perder tan singular tesoro,
es que habré sido traicionada y muerta.

Rizal, Mabini, Del Rosario y Luna
son vástagos comunes. La fortuna
dejó en su frente un evangelio escrito.
Si yo les dí mi maternal entraña,
no empresa mía fué, sino de España,
fundir el alma en su troquel bendito.

La Cruz de Arrechedera y Urdaneta
está en mis cielos; tabla es que sujeta,
cuando zozobra, al bien; porque, a despecho
de las más encontradas ambiciones,
tu religión, tu fe, tus tradiciones
han abrigo recóndito en mi pecho.

En el curso del tiempo desenvuelto,
tú, España, volverás, — ¿qué amor no ha vuelto? —
presa en la red del propio bien perdido:
serás un ave, enferma de añoranza,
que va a volar cuando la noche avanza,
en dirección al solitario nido.

Si están ahitos de llorar tus ojos,
y en otros días te causara enojos,
la era de paz y de perdón se inicie.
¡Oh, qué mejor que tras la despedida,
seamos como el agua, en dos partida,
que se torna a juntar en la planicie!

Mientras la vista atónita vislumbra
la luz de redención en la penumbra,
e hijos del alma apréstanse a las lides;
¡ve, Madre! y digan valles y colinas:
« ¡Gloria a la Madre España en Filipinas!
¡Loor eterno a ti! Tú, no me olvides."

CLAVEL DE ETERNIDADES

I

¡Soñar Madrid! ¡Sentirme madrileño!
Este era un sueño de mis viejos días,
cuando iban navegando mis poesías
asidas a los mástiles de un sueño.

Y bien. Ya estoy. El trovador isleño,
rasgando siderales lejanías,
ancla desde morenas Oceanías
su grande impulso y su bajel pequeño.

Filipinas, la virgen marinera,
salta de una ribera a otra ribera,
montante en trampolín de nipa y caña,

y os trae, como regalos del Oriente,
los dos soles que bailan en su frente:
la fe de Cristo y el amor a España.

II

Traigo de aquellas ínsulas lejanas de Felipe
donde el sol nace, amores de encanto peregrino;
y héteme aquí con voces que el viento no disipe,
dando fe de juglar errante y filipino.

Parábola del siglo, el vaso no se rompe,
sino que guarda añejo el armonioso vino;
y el hálito del tiempo que lo demás corrompe
con rosas eslabona nuestro común destino.

La hija debe a la madre deuda de siglos. Mal
puede el río prender sus aguas sibilantes
si olvida del mar puro la entraña maternal.

Sabed esta verdad de hoy, de mañana y de antes:
bajo el ojo de Dios, la boca de Rizal
comulga con la hostia del Cid y de Cervantes.

¡Oh comunión tan santa como la Eucaristía!
Un día, Magallanes, bajo el trotar de la ola,
encontró la Pacífida azul. Desde aquel día,
la sultana oriental se vistió de española,

nueva sangre fecunda caracoleó en sus venas,
confió el ánima niña a la bondad de un preste,
acarició el rosario con sus manos morenas
y dió a su boca la alma lengua del Arcipreste.

Oro de mil quilates, fundido en el crisol
de la historia. Y el pueblo, como un niño, se pasa
contando sus nostalgias a la Luna y al Sol.

La moza, que ayer era, es mujer y se casa;
y el mozo, que ayer era, aun habla en español,
clavel de eternidades que aroma nuestra Casa.

Somos un pueblo libre. Un viento de quimera
sopla aflorando rosas de los huertos malayos,
mientras, a lo Paráclito, decoran su bandera
un Sol y tres Estrellas, clavándole sus rayos.

Cada lumbre estelar es aguja que hilvana
la gloria aventurera de los Conquistadores:
hispano el gesto, hispano el impulso, e hispana
el alma de los indios alzados en señores.

Las naves se han marchado bajo la amarillenta
pátina de los días, en aquende y allende
los piélagos. También la espada macilenta.

Pero la Cruz subsiste, y donde la Cruz pende,
se erige un señorío, que es de Dios, porque alienta
el alma, que se gasta amando, y no se vende.

III

Y pues tengo de partir
de España, que es ir muriendo,
desde ahora iré aprendiendo
poquito a poco a morir.
¡Murciélago porvenir,
cómo enredas mi destino!
Tornará al viejo camino
mi sombra viajera y sola,
mas queda el alma española
del poeta filipino.

¡Españoles! Ya me voy,
pero pensad que no me he ido.
Seré siempre lo que soy
desde la hora en que he venido.
Mi mañana será mi hoy.
¡Españoles! ¿Dónde voy
si en España me he perdido?

MI CASA ES TU CASA

A CONRADO BLANCO

No soy un poeta. Soy sólo un hermano,
que tiende a un poeta la mano.
No soy un poeta.
Juglar que recoge sus cantos errantes,
en su frente, la cruz de Urdaneta,
y en sus labios, el verbo de Cervantes.

La noche se adorna de claros luceros,
— ojos volanderos
de niñas hermosas;
ríos de perfumes preñan los senderos,
que son una feria de nardos y rosas.
Son maravilloso, cantarino son,
silba en las colinas,
rezando un milagro de resurrección.
No es voz del poeta: voz de Filipinas,
que, al través de un verso, brinda el corazón.

Eco de campana,
júbilo de hosanna,
como en una orgía
de luces y músicas, el lar se engalana.
La noche no es noche. Claridad del día.
De la lejanía
viene la palabra que el eco devuelve,

por valle y alcor:
— ¡Es Madre que llega! ¡España que vuelve,
trayendo a la hija un beso de amor!

El niño se pone su traje de gala,
más blanco que nieve, que guardó el armario;
y la india tagala,
loca de alegría, reza su rosario.
Frena el vuelo la audaz mariposa
que de gozo sus carnes estruja,
y en el hilo de nácar y rosa,
a compás, bailotea la aguja.
Paralela al cielo, brinca la montaña,
y a sus pies, bajo el sol, descubierta,
la linda cabaña,
como arca escondida, sus rosas despierta,
para que entre España,
igual que si entrase por su propia puerta.

No han pasado los años. El vino,
por ser más añejo, limpia la garganta;
y el más viejo trino
es el trino mejor que se canta.
Ríe el agua del mismo molino,
y la rosa las piedras imanta.
El sol que encendiste
cuando tú viniste,

es el mismo que dora el barbecho.
No te fuiste jamás. Te dormiste,
y ahora despiertas en el mismo lecho.

Sucias lagartijas, trepando los muros
de trescientos años, bailan sus ardides,
y, parando al tiempo, ornan Intramuros
casas de Loyola y de Benavides.
Aun se irguen palacios de testas mitradas,
y aquellas callejas desacreditadas
por donde, rondando a hembras y malsines,
iban los soldados gastando soldadas,
mientras en los claustros, sombras estiradas,
unos frailes gordos mascaban latines.
Lengua de las torres, las viejas campanas
aun llaman a misa todas las mañanas.
En limpio concento,
trenzan armonías el agua y el viento;
pero si te pones un poco a escuchar,
verás que la tierra y el viento y el mar
cantan en tu acento.
En la hora de orar,
rumiando los duelos
y negros afanes,
"Padre Nuestro, que estás en los cielos,"
la oración que rezó Magallanes,
al pisar la tierra de nuestros abuelos.

De modo, poeta, que hoy es el ayer.
Saeta lanzada al azul del cielo,
tuvo que volver,
por no hallar espacio propicio a su anhelo.
El tiempo se quedó dormido.
Esta casa, mi casa, es tu casa,
porque tú la has construido,
y hay en ella encendida una brasa
que no puede apagar el olvido.
¿Olvido? ¡Qué olvido, mi poeta hermano!
No nacen ortigas en un pecho hispano.
España es casar mar y golondrinas,
para hacer un nido sobre el oceano;
y quien dice España dice Filipinas.

Y, como las islas visten un corpiño
de agua de mar, bajo un sol tropical,
si ama Filipinas, tiene su cariño
más fuego y más sal.

Esto soy. Por la estampa, un filipino,
de pobre ingenio y más pobre figura;
y aunque aun me laten fiebres de aventura,
soy otro Nazareno, en el camino
de la amargura.

Nací de madre, una mujer que fuera,
más que madre y mujer, fontana de oro
en el erial de la existencia mía.
Fué ángel sin alas en mi edad primera,
y me dejó, al morir, un gran tesoro:
hacer del verso el pan de cada día.
Y fuí poeta, por merced del cielo,
en la nostalgia de la madre muerta:
enamorado del azul, del vuelo
de las aves, la estrella y el riachuelo
que bordeaba la menuda huerta.
Campos de sal, el palayal trigueño;
la parda vieja iglesia derruida;
una barquilla sin timón ni dueño,
han sido para mí, cuando pequeño,
el blando esquife en que bogó mi vida.

Canto, porque Dios quiere,
y me devuelve la estrofa perdida;

mas porque todo muere,
hipnotizo el dolor de la partida,
rumiando el *Miserere*
por todos los pecados de mi vida;
entre ellos, llegar siempre en tiempo inoportuno
a las citas del bien; gustarme tanto
el ala girasol de la veleta;
leer todos los libros y no saber ninguno;
y el mayor, ¡oh! el mayor, soñar con ser un santo
para acabar, ya veis, en mal poeta.

¿Amores? ¡No por Dios! Mujeres, todas;
porque, al fin, la mujer es el Parnaso.
Cada quebrar de alba, pacté bodas
con la ilusión que me salía al paso;
y hoy que mi frente es un jardín de plata,
en vano busco una mujer ingrata
que ilumine las sombras de mi ocaso.

Dineros, tuve; pero no los tengo.
Rompí un día el cartel de mi abolengo,
— en verde oasis un becerro de oro —,
y arrojé al mar mi carga de fortuna.
Hoy lo que el Sol me da doy a la Luna,
y cumplo, como el moro,
aquel decir de la Sabiduría:
"Duermo mis sueños en la noche bruna,
después de hacer el bien durante el día."

¡Padre y Maestro! Allá en la infancia breve,
cuando, ave marinera, mi deseo
perseguía libélulas de nieve,
anclé mi barca leve
en las playas de luz del Ateneo.
Allí, bajo la heráldica ignaciana,
fuí a levantar mi tienda del mañana.
Luego, en la mocedad farandulera,
entré en las aulas de Tomás de Aquino;
¡crisol dorado de la fe, molino
en trigos de verdad, qué grande era!
¡Con qué brioso alarde,
bandera al aire el pelo despeinado,
iba mañana y tarde
a oír la voz del dómine letrado!
Rumor de fuente en la dormida plaza;
el prieto grupo moceril bravío,
a quien nadie desplaza
en garbo y señorío.
Se abre la clase; hay un hervor liviano;
y el pobre maestro, alzando voz y mano,
amenaza, amenaza y amenaza,
pero en vano;
porque el estudiante, en réplicas diestro,
da la lección como si fuera un maestro.
Allí aprendí a vivir. Allí los días
fueron, al modo de los cuentos de hadas,

cataratas fugaces de alegrías
y llantos de quimeras deshojadas.

El perfil embrujado de los muros
pétreos; un tufo de chinesca tienda;
el haz de laberintos semioscuros
prestaban a Intramuros
el encanto de una urbe de leyenda.
¡Y la Universidad, solemne y rancia!
¡Y aquellos frailes gordos hinojados
en célicos delirios
en la callada estancia,
mirando el frágil crepitar de cirios
sobre lomos de libros empolvados!
¡Todo exhala la mística fragancia
de los tiempos mejores no olvidados!

¡Cómo vive aún en la memoria mía
la estampa intramural! . . . Hasta que un día,
el lobo malo, el lobo fementido,
la fauce abierta, estranguló el latido
del corazón de la ciudad. ¡Y fueron
cenizas y despojos!
¡Lo que los ojos vieron,
ya no verán los ojos!
Huérfana, en los callejones oscuros,
llora el alma: ¡Intramuros! ¡Intramuros!

Pero, ¿qué importa? El viento
se lleva la materia, no el aliento.
Aquella Casa es esta misma Casa,
aquella brasa es esta misma brasa
que, con aceite y cal de nuestro hueso,
enciende las hogueras del progreso.
La lengua de metal del campanario
nos convida a la misa mañanera
y, ante un altar de caña o de madera,
el grupo familiar reza el rosario,
el mismo que se oyó en las colinas
cuando España bautizó a Filipinas;
santo rosario, talismán celeste,
que con su hechizo deshará la peste
en los hocicos del oso estepario;
y si la Creación se descabala,
partida por el átomo nefario,
Madre Miriam nos cubrirá con su ala,
pues llegaremos a ella en la escala
de cuentas de cristal de su rosario.

Rosa en botón de hombres y mujeres,
raíz de juventud, arca genuina
de patria, que no puedes y no quieres
resignarte a morir: surge y camina.
Te damos el calor de nuestro nido,
la levadura del pan bendecido,

para que puedas afirmar lo que eres
y lo que siempre has sido:
lanzón en ristre, hostia que fulgura,
vitrina de esperanza, oruga de astro,
que ha de dorar la frente de alabastro
de la patria futura.
Zumo de heroicas vides,
¡colmarás la cosecha de adalides
que llevan en su entraña
toda la sal, todo el fuego de España,
que era el fuego y la sal de Benavides!
Así, en tu plenitud de epifanía,
pronto verás el día
en que la piel de tus espaldas bruñan
relámpagos de soles;
porque nada mejor para tu guía,
¡que la varita de humildad que empuñan
las manos de estos frailes españoles!
Cepa de los hayales de Pelayo,
capucha negra sobre blanco sayo
mal raído, vinieron esos hombres
a este rincón malayo.
Y fueron: Ruaño, Aduarte, Marín, Solá, Tamayo:
y son: Suárez, de Blas, Bazaco; apenas
cabría hacer el cómputo en astros y en arenas:
benditos frailecicos
que van moliendo, sin querer, renombres:

sólo que saben enterrar sus nombres;
se llaman simplemente dominicos.

Como la abeja anónima, que labra
los panales de miel calladamente,
esta Universidad forja la mente
con la serenidad de la palabra;
la palabra evangélica que, en labios
suyos fabrica un colmenar de sabios;
y diluida en agua de violetas,
hace santos con alma de poetas.
Rezo y lección y prédica y vigilia,
camino montaraz, aire de plaza,
cuando esa mano paternal abraza
al isleño, hace a todos los isleños familia;
si toca al pueblo, talla la impronta de una raza;
sin más amparo que una cruz al cuello,
un breviario bello,
un bordón y una sandalia, gastada
de tanto andar por valle y por cañada,
polvoreados de arena y de lodo;
y sólo Amor propicia su jornada,
pues piensa de este modo:
la espada cede al golpe de otra espada;
la Cruz, brazo de Dios, lo vence todo.

Mañana, cuando el tiempo se recoja
en el libro, dirá en la última hoja

que más que los tractores y turbinas
y rascacielos de tipo diverso,
pesa en el corazón del Universo
un granito de sal de sus doctrinas.

Siglos y siglos la miraron viva;
pueblos y pueblos la juzgaron bella;
como en la concha el agua fugitiva
se remansa, acojámonos en ella.
Letra a letra y minuto por minuto,
hagamos la faena cotidiana
hasta captar el fruto
del vendimión, como el mejor tributo
a la santa misión dominicana.

Pronto veréis, cuando el telón se abra,
que está en hechos escrita mi palabra.
Cuajada está la tierra
de los vástagos de su árbol lozano,
que esto que váis a ver es sólo un grano,
una gota de agua, que no encierra
toda la inmensidad del oceano.
Si alguien osadamente da en hablaros
de otros árboles también maravilla,
habréis de replicar sin sonrojaros:
"Este es más grande, porque fué semilla."

¡Paso a la institución que tanto amamos!
¡A la Universidad tres veces santa!
Cada vocablo en español que hablamos

es una voz de gratitud que canta.
Tal que un perfil de sombra, se agiganta
a medida que el tiempo se descorre.
¡Ved! Fija está su mole de granito,
y la estirada torre
que mira al infinito,
como buscando a Dios y Dios le diera
la gracia y la simiente
que haga de Filipinas la primera
de las hijas de Cristo en el Oriente.

¡De pie para cantarla! De rodillas
para besar los lirios de su mano,
que sangra cultivando florecillas
de este escondido huerto castellano.
Y cuando el reloj humano
dé la hora de partir del valle de amargura,
ella aún nos dirá la última lectura,
e iremos hasta Dios serenamente,
para inebriarnos en su amor sin mengua,
con la unción de la cruz sobre la frente
y el habla de Cervantes en la lengua.

En tanto tú, inviolada ciudadela,
serás yunque y taller, templo y escuela,
cristiano Partenón de las edades
que, alanceado por el sol filipino,
nos marcarás rumbo y destino
desde el peñón de las eternidades.

OFERTORIO

Esta diadema, alto don,
a mis artes galardón,
de corazón os ofrendo:
yo sólo doy, nunca vendo
lo que es de mi corazón.

Agua de sabor salobre
se torna esencia florida:
¡qué rico soy siendo pobre!
¡Siempre hay migaja que sobre
en el festín de la vida!
Lavo con rosas mi herida,
y si los hombres, crueles,
me arrojan lavas de hieles
en la mitad del camino,
yo se los pago con vino
perfumado de claveles.
¡Por eso soy filipino!

Y ya soñando laureles
no me miraréis jamás,
porque en mi ensueño profundo,
esta noche vale más
que todo el oro del mundo.

Hora es de redespertar,
sentir el fuego, en la entraña,

de un perpetuo caminar;
esparcir en un cantar
en casona y en cabaña
el resplandor de una hazaña
que no se puede apagar;
y es que juntitos, al par,
sin cansancio ni distingo,
han venido a levantar
estas tierras que el sol baña,
España y Santo Domingo,
Santo Domingo y España.

Y ahora volver a ser,
reedificando el ayer
con leña del porvenir;
mas ya no quiero servir
a ninguna otra mujer
que se me pueda morir.

Así, en toda su valía,
voy a guardar la corona
para la única Matrona
que no se me moriría.
Vestida de poesía,
vive reina en un santuario,
y es más reina cada día.
Señores: ella es María
del Rosario.

(Nota) Esta poesía fué declamada por su autor en la noche de su coronación como poeta nacional en el auditorium de la Universidad de Sto. Tomás el 27 de febrero de 1950.

CUANDO LA MUERTE NO ES MUERTE

¡MI MADRE SE HA MUERTO!

Satina la estancia un son de laúdes;
plegando las alas las Siete Virtudes
duermen en el huerto.
¡Señor, estoy solo! Los oros del día
no vencen la noche en el alma mía.
¡Mi madre se ha muerto!

La llanura sangra como los rosales
que iban repasando sus manos liliales
en el valle abierto.
Y lánguidamente, las viejas campanas
— tin, tan-tin, tan — plañen sus preces hermanas.
¡Mi madre se ha muerto!

Se ha muerto la Santa, la que no quería
ver niños hambrientos en la aldeanía,
(oro al descubierto).
Por eso, desnudo de sus caridades,
cada niño canta con mis soledades:
¡Mi madre se ha muerto!

El trajín de casa calló de repente:
la pequeña Yoli busca inútilmente
el rincón desierto:
Yoli no habla, pero Yoli, en su inocencia,
es la estampa triste de nuestra querencia:
¡Mi madre se ha muerto!

Tientan telarañas los áureos tapices
labrados por ella: flota en las raíces
su aroma despierto.
El perro no come, reacia la cola,
y con tanta gente, la casa está sola:
¡Mi madre se ha muerto!

Me enseñó las letras del Avemaría,
me inmergió en las fuentes de la poesía,
bajo un rumbo cierto.
Fué simple la historia de su vida buena:
claridad de agua, dulzor de colmena:
¡Mi madre se ha muerto!

Locos de amargura, mis siete hermanitos,
rezando el Rosario, la llaman a gritos
en el aire yerto.
Un río de lágrimas se ahila en la sombra,
y el río es un eco que en vano la nombra:
¡Mi madre se ha muerto!

Ya Dios la ha llevado al Sol y a la Estrella.
Un tirso de gracias perfila su huella
en el mundo abierto.
¡Señor, estoy solo! Los oros del día
no vencen la noche en el alma mía:
¡Mi madre se ha muerto!

A DONDE JESUS TE ESPERA

En recuerdo de JESÚS BALMORI

La tardecita está quieta.
Un dedo oculto sujeta
las aspas de los molinos.
Se han parado los caminos.
Está durmiendo el poeta.

Un ángel signa su frente
con el agua lugareña
de la ermita y de la fuente:
está beato el ambiente,
y Jesús Balmori sueña.

Sueña en el alba y la flor,
en la luna del amor,
entre rosas y entre abrojos;
y para soñar mejor,
sueña cerrando los ojos.

Ve así, ciego, el hontanar
de los cielos, en la luz
dorada y crepuscular;
así podrá contemplar
más cerca al Niño Jesús;

Ese buen Jesús, que un día
le regaló con su nombre
el cetro de la poesía,
para que, al morir el hombre,
no muriera todavía.

Purificó el verso alado,
y si no fué anacoreta
y tal vez rumió un pecado,
ya Dios le habrá perdonado,
porque ha vivido en poeta.

Su corazón, para amar;
sus labios, para rezar;
todo él, como un caracol,
con los átomos del sol
y la música del mar.

Supo aderezar la cera
de la miel, bajo diversos
artilugios, de manera
que limpió la gusanera
de la vida con sus versos.

Y el caballero y la dama
se quemaron en la llama
de su irónica impaciencia;
mas la sal de su epigrama
fué el sol de nuestra existencia.

¡Oh, belleza bienamada,
que vas ritmando tu vuelo
con la euritmia encarcelada!
Tú eres la clásica espada
que abres las puertas del cielo.

Su alegría, mi alegría;
su tristeza, mi tristeza:
toda la santa poesía
del universo cabía
en nuestra hermana pobreza.

Dos alas de un ave-flor;
dos remos de nave por
la órbita de un mismo afán:
sin el remo o ala mayor,
ave y nave, ¿adónde irán?

La tardecita está quieta.
¡Que ni el aire desconcierte
esta calma recoleta!
Está durmiendo el poeta
en los brazos de la muerte.

Descansa, poeta. Bebe
tu cántaro de aguanieve
en la eterna primavera;
¡y que tu canto te lleve
a donde Jesús te espera!

IMPLORO

A MANUEL ROXAS

Señor: Antes, besar quiero
la corona de laurel
de un verde claro, que el pueblo
puso un día en vuestra sien.
Mi voz es un haz de voces,
y el cogüelmo de mi fe
late en lo hondo de mis venas
con el sabor de una prez,
porque, alma dentro del alma,
sólo se dice una vez.

Señor: ¿Véis sobre los cielos
la bola del sol arder
como una hoguera, que enciende
la tierra toda? Sabed
que sois, como el sol, mirífico,
dador de luz, pues tenéis
en las entrañas el fuego,
y en las manos el poder.
Y nosotros, nuestra tierra,
llanura muerta de sed,
porque secaron sus filtros
sabandijas del ayer.
A voz alzamos los brazos

en imploro de merced,
pozo abierto, cara al cielo,
para el agua de llover,
contra asperezas, rocío,
y contra acritudes, miel.

Señor: quiébrense las lanzas
en el blanco aire. Y Abel
bien descanse en los sepulcros,
pidiendo plata de ley.
Las viudas, en desamparo,
lloran, mirando crecer,
como el vientre de la ola,
tanta sangre, que se ve
en el lecho de los ríos,
de los montes al través,
en las mañanas de nácar
y en el gris atardecer.
Decid el verbo que amanse
la iracundia de la grey;
soltad el milagro que urda
silencios al *howitzer*,
y en un amplexo rotundo
de almas desnudas de hiel,
unan a las gentes todas
cadenas de buen querer,
y que corran bajo el puente
ríos sabrosos de miel.

Con la vara y el decálogo,
frente ungida de Moisés,
dáis la consigna, y al punto
rinde el pueblo su altivez:
vestidos de gala entonces
sonreirán al renacer,
el amor, llave del cielo,
y la paz, que es nuestro bien.

Bajo el sol de vuestra insignia,
valedor y timonel,
sea la vida un festín
de la esperanza y la fe.
Dad al dómine de escuela
su sueño de cien por cien,
y fluya la bienandanza
en la inquietud del taller.
A la mano que ara y suda
en el campo, dadle buey
y rédito justo: no
taséis en poco el valer
del que trabaja; el sudor
hace de cada hombre un rey,
y el pueblo os pide justicia,
más justicia que merced.

Dadle justicia, esa cosa
que es tan sencilla de hacer:

para los que han hambre, arroz;
agua, para los que han sed.
Brindad, como es ley del cielo,
amparo al que ha menester:
para todos, vara igual;
para ninguno, el desdén.

Entonces, y sólo entonces
los humildes dirán bien
de aquel prócer del gobierno
a quien dieron su laurel.
Porque supisteis arar
sementeras de honradez
y cocer panes de juicio
en cegueras de babel.
Seréis el ojo de estrella
en pajas de Nazareth,
y, ¡con qué amor nuestras bocas
dirán el nombre *Manuel!*
Porque haréis del pueblo un mundo
donde germine la mies,
entre el oro de la industria
y las magias del saber.
El pueblo, en sonrisa de alba,
os aclamará de pie,
y Dios, desde sus alturas,
estará con vos. Amén.

COMO EL CISNE SOBRE EL AGUA

Duerme su sueño de mármol,
con estrellas por almohada:
El Amor le vela, vela.
El Amor le guarda, guarda.
A esta hora, en este día,
como Jesús, expiraba.

Con doble amor insaciado,
fué a morir de cara al alba;
y ni la muerte ha podido
robar luces a su cara.
Rueda de dientes, el tiempo
rompe huesos, muerde famas;
pero la rueda del tiempo
se ha mellado ante su estatua,
imagen de un cuerpo puro,
y de un alma santa, santa.

El pasó sobre la tierra
como el cisne sobre el agua:
una sinfonía en blanco,
música cada palabra,
porque descendió a su pecho
la paloma de la gracia.

Tiró la honda de David,
y cayó como pedrada
en los ojos fariseos;
alzó de Moisés la vara
y floreció en reglas de oro
el enigma de las tablas.

¡Frente de blancor de lirio!
¡Boca de sal esponjada!
¡Manos que estrujaron víboras!
¡Cabeza de unción de plata!
Con los hombres, caballero;
cortesano con las damas;
con la humildad, más humilde;
con la soberbia, sin lástima;
y siempre, señor en todo,
como es ley de su prosapia.
¡Dios le creó en una noche,
en que la Patria lloraba!

Hizo el bien en lo que pudo.
Si no hizo más, fué por falta
del que teniendo a su vera
la fuente, no bebió el agua.
¿Quién culpa al sol, siendo sol,
si en su carrera no alcanza
a alumbrar los antros negros
que reniegan de su llama?

¡Fortuna nuestra que Este
que ha recogido su lámpara,
siga vertiendo el aceite
en tierras quebradas y ásperas,
sembrando su nombre en lo alto
de la cúspide más alta,
donde la sierpe anillosa
no llega al nido del águila!
¡Y pensar que aun haya hombres
que, en mitad de la farándula,
osen arrojar el barro
al corazón de la estatua;
míseros que no podrían
besar siquiera a mansalva
el barro estéril que deja
el paso de su sandalia!

¡Señor! Si a rezar te mueves
allí donde Dios te basta,
reza por los que aun vivimos,
huérfanos de tu palabra,
hambrientos de tu justicia,
sedientos de tu enseñanza.
Danos el bien de ser buenos
discípulos de tu cátedra,
de uncirnos a tus afanes
y quemarnos en tus brasas,

para que con tu recuerdo,
prendido a nuestra esperanza,
podamos rehacer el molde
de las virtudes malayas,
hasta que crezcan en río
y se eleven en montaña,
donde a los cuatro cuadrantes,
sostenida la mirada,
se irga por siglos de siglos,
alta la frente y sin mancha,
sin las cadenas el cuerpo,
sin las cárceles el alma,
libre, señora y señera,
de Dios y en Dios, nuestra patria.

CON ORO Y CON EMPAQUE Y SIN DECENCIA

A la memoria de
Don VICENTE ILUSTRE

Te fuiste con la gracia de los ríos
que van hacia la mar: y la corriente
se llevó el mediodía de tus bríos
y el mármol luminoso de tu frente.

Tu caudaloso pensamiento grave
se resolvía en prédica y gemido,
y en tus maneras de paloma suave
iban alientos de león dormido.

Han rodado los años, muchos años,
y, quebrando tu fe, los desengaños
visten de negra noche la existencia;

la Patria de tus sueños ya no existe,
porque hoy vivimos como no viviste:
con oro y con empaque y sin decencia.

AGUA, ROCA, LUZ

Moja la rustiquez de la arboleda,
amansa el fuego en la caliente fragua,
discurre por el bosque y no se enreda,
santa agua.

¡Santa agua del Jordán que resucita,
agua buena que mece la piragua,
baña el rosal, sacia la sed, bendita
hermana agua!

Le bate el mar con impotente estruendo,
medio envidioso de su nívea toca;
bajo sus pies la ola va mugiendo:
es la roca.

Dura y soberbia en su mudez, es vano
tentar su base con piqueta loca:
para aplastar orgullos de oceano,
Dios hizo la roca.

Se ha hecho la claridad en los senderos,
pues la espada del sol rompió el capuz;
en la noche hay orgía de luceros:
es la luz.

Onda celeste, resplandor aurino
con que envuelve la tierra el buen Jesús,
que dice: "Soy la vida y el camino
y la luz."

Puro de corazón, mansa la boca,
televisión de la bondad el alma,
mas indomable si se le provoca:
tal ha sido un en la vida: agua, luz, roca,
Rafael Palma.

ELEGIA DEL AMOR MATERNAL

En el segundo año de la
muerte de CLARITO RECTO

¿Dónde la muerte, señora?
La muerte es tan sólo un mito
cuando el que muere es Clarito
y la madre es doña Aurora.
Doña Aurora, si le llora,
no es porque llore su suerte.
Ella es una mujer fuerte
que, con velos de dolor,
quiere rescatar su amor
de las iras de la muerte.

Clarito: ése era su nombre;
diminutivo de Claro:
(don Claro es varón preclaro,
molave erguido, hecho hombre).
Buen Clarito: no te asombre
si dibujando tu huella,
pregunta al Sol y a la Estrella
por el amor de su vida
esa madre dolorida,
cuanto más triste, más bella.

¡Campanas de ayer en duelo,
repicad con alborozo!
Hace dos años, el mozo
se hizo ángel y voló al cielo.
En la rapidez del vuelo,
no pudo decir adiós;
mas si la muerte feroz
robó a la madre su hijito,
hoy durmiendo está Clarito
en el regazo de Dios.

SUSPIRO DE DIOS

A la memoria de SARITA
PEREZ DE OLAGUER MORENO

Rival de Estrellas, te miro
cómo entre auroras te bañas:
Sarita, eras un suspiro
de Dios, rumbo a las Españas.

Y, suspiro suspirando,
a Dios volviste tu vuelo,
mi corazón imantando
con las agujas del cielo.

Cutis de nácar celeste
en peplo de sol y nubes,
bordaron tu linda veste
los dedos de los querubes.

Por ellos fué que, sin trabas,
te fuiste: ansia de volar,
sin saber que destrozabas
los cariños del hogar.

Asómate al mundo, y mira
cómo, queriendote tanto,
con la campana la lira
trenza armonías de llanto.

Llanto de húmeda amargura
que va glosando mi mal,
sin tu límpida hermosura
de rocío matinal.

Tu padre, aedo grave y suave,
que adolece de añoranza,
sueña en las alas de un ave
para remar su esperanza.

En la noche quietecita
oramos juntos los dos:
—¡Baja a nosotros, Sarita!
—¡Vuelve, suspiro de Dios!

QUERELLAS Y QUERENCIAS

¡QUÉ PENA, PENA!

No sé si te fuiste y yo me he quedado
rumiando la sombra de tu azul presencia;
no sé si en el grito que vibró en la noche
se derramó el ánfora de toda mi pena.

Sólo sé que no eres lo que fuiste un día:
agua de ternuras vaciada en poema,
temblor de suspiros que murió en el aire,
canción de mi madre, pero sin ser Ella.

¡Qué pena mirarte de espaldas al tiempo,
que clavó en tu carne sus uñas de piedra!
¡Qué pena quererte con anchas raíces!
¡qué pena! ¡qué pena!

SEÑOR, NO ME LA QUITES

Señor, no me la quites,
porque me vuelvo loco:
para amarla, la vida
es poco.

Señor, no me la quites,
porque se quedaría
el cielo, mar y tierra
sin poesía.

Señor, no me la quites,
porque es tu imagen pura,
porque es como la Salve,
vida y dulzura.

Señor, no me la quites:
quita el nimbo a la estrella;
quítame luz y rosas,
pero no a ella.

¡Señor, no me la quites!

AMORES QUE SON TEMORES

La quise con un querer
no igualado todavía:
la quise mía, muy mía;
más mía no pudo ser.
¡Cuánto, cuánto la quería!

Soñando amores, la hermosa
comprendió la sinrazón
de su vida dolorosa;
y fué mi esposa, mi diosa.
Su trono, mi corazón.

Golondrina cantarina,
bordó alegrías doradas
con la música divina
de sus besos, y la fina
dulzura de sus miradas.

Se detenía el momento
para mirarla pasar,
breve el paso, pelo al viento:
cuando besaba, su aliento
tenía olor de azahar.

Así fueron nuestras vidas,
dos corrientes separadas

y dos corrientes unidas:
heridas de amor, heridas
por el mismo amor curadas.

Ya sin ella, todavía
vive en mí, dulce y carnal,
como ayer cuando era mía:
ella vistió de poesía
mi desventura otoñal.

UNA PREGUNTA

Te estoy contemplando envuelta
en tu bata primorosa,
con la cabellera suelta
y los talones de rosa.

Senos ebúrneos, delicia
del tacto, rítmico andar;
voz que, al hablar, acaricia;
ojos que arden al mirar.

Pero tu belleza ufana
se deshojará mañana,
— nube, espuma, brisa, flor —

Díme, niña, ¿estás segura
de que tu breve hermosura
vencerá en tiempo a tu amor?

DESPIERTA

El gallo anuncia el día
con su diana sonora.
Despierta, amada mía,
que ya guiña la aurora.

La noche ha sido larga
y negra de infortunio.
¡Amor es dulce carga
en noche azul de junio!

El gallo clarinea
y brincando, la aldea
se pinta de arrebol.

¡Despierta! Se arcoirisa
el día, y tu sonrisa
va a decorar al sol.

SIN RUIDO

Ven a mí, sin ruido,
cerquita a mi pecho:
yo sólo te pido
que des a mi lecho
ternezas de nido.

Y por un instante
sacien mi sed loca
tu mirar amante
y el lindo y fragante
clavel de tu boca.

Y luego, soñando
en tu seno blando,
me dormiré. Así
viviré rimando
versos para ti.

Entonces, sin ruido,
cerquita a mi pecho,
te diré al oído:
—Gracias por el nido
que hiciste en mi pecho.

ES ASI

Yo la amé,
me amó a mí:
la gocé,
la perdí.

Aspid fué
que cogí:
no lloré . . .
. . . Es así.

M I A

La iglesia aldeana
sus oros lucía
¡Era tan galana
la boda del día!

Riela en los altares
tren de pedrería,
y llueven cantares
a Santa María.

El cura rezaba
una letanía,
la novia lloraba
de tanta alegría.

Alegría en llanto
que dentro fluía;
también, entretanto,
soñé que eras mía.

La vieja campana
mi voz repetía:
mía en la mañana,
en la noche, mía.

Mía en la hora y lecho
en que ella nacía;
¡porque Dios la ha hecho
mía, mía, mía!

TE ESPERABA

Te esperaba como espera
la hoja invernal a que pinte
sus verdes la Primavera.

Días, noches, noches, días,
y madrugadas y tardes;
y tú, ¿por qué no venías?

¡Oh, románticos empeños
que voltean y voltean
en la noria de los sueños!

El pájaro mañanero
y el río azul cantarino
repiten mi voz: Te quiero.

Te quiero por tu piel seda,
por el negror de tus ojos
y tu pelo rosaleda.

Por tu voz de fina lluvia
y tus manos que acarician
como una gatita rubia.

Dame a beber de tus vinos
y viste de luz dorada
la huella de mis caminos.

Quiero que cuando dormida
esté el alma, la despiertes
¡sin anunciar tu venida!

IMPULSO

Adscrita a mis venas te guardo, mi amada,
como una perlita en el caracol,
mientras voy tejiendo la mejor balada
con claros de luna y rayos de sol.

¿No escuchas el diálogo de los manantiales
que al aire deslíen sus espumas de oro?
¿No ves cómo sangran los frescos rosales
con un rojo vivo de sangre de toro?

La Naturaleza es toda armonía,
— sonoros acordes del gran acordeón, —
en cuya voz canto llamándote mía,
porque tú eres sólo de mi corazón.

Hervor de mi sangre, pauta de mi suerte,
que riges el pulso que late en el verso;
si estás en mi vida, ¿habré de perderte
cuando eres en mí todo el Universo?

Cuando yo me vaya, pensarás que he sido
el bardo que un día ritmó tus anhelos,
y, purificados su lengua y su oído,
seguirá cantándote con Dios en los cielos.

AGONIAS

Cuando te oigo y te beso con fe loca,
no acierto a descifrar le que me encanta;
si el ruiseñor dormido en tu garganta
o los claveles frescos de tu boca.

De noche, en sueños, mi fervor te invoca,
y es cuando más tu imagen se agiganta:
esta pasión por tu hermosura es tanta
que vence en fuerza al átomo y la roca.

La miel de tu panal bajó del cielo
en un cáliz de sol; pero, ¿hasta cuándo
habrá de arder la llama de este anhelo?

Siento que nuestro amor me dará muerte,
pues, ¿no es lento morir seguirte amando
con la certeza triste de perderte?

EL HILO DEL AMOR

Piensa cómo te quiero que reclino
en tu regazo la cansada frente
y no queriendo caminar, camino
en sueños una ruta inexistente.

Tú, ascua de juventud en torbellino;
yo, la ceniza de un amor muriente:
ya ves; éste es un caso peregrino
del Oriente abrazado al Occidente.

Ni tú ni yo jamás vivir podremos
sin asirnos al ancla salvadora
que en blando impulso el corazón dilata;

porque en la vida somos dos extremos:
el mustio ensueño y la rosada aurora.
¡El hilo suave del amor los ata!

LUTO EN LA TIERRA Y EN EL CIELO

DIOS BENDIGA A AMERICA

¡Dios bendiga a la América, madre liberadora,
la amada de los cielos, raza fecunda y fuerte,
la que asume en la frente resplandores de aurora,
vencedora del odio, de la ira y de la muerte!

Santa América, diosa, a la que faltan nombres
para cantar tus glorias y definir lo que eres:
¡Mi cántico es el júbilo de todos nuestros hombres,
y la oración de gracias de todas las mujeres!

Como espuma en el viento, deshízose la hoguera
de pestes y de infamias. Sobre la pampa triste
ondula, bajo un ósculo de soles, tu bandera.
La vida es miel de cielo desde que tú volviste.

Ya estás de nuevo aquí, en tierra, tuya ayer,
y tuya hoy y mañana, así ladren los otros.
Ya el hilo que nos ata no se puede romper.
Tú, para protegernos; para amarte, nosotros.

¡Cuánto te quiere el pueblo! Tú misma no lo sabes.
Sientes la llama dentro, y el corazón cansado
te dice, suspirando sus pesadumbres graves,
lo mucho que ha sufrido, lo mucho que ha llorado.

Pero tú has vuelto, y basta. El niño ya retoza
como un pájaro alegre. La madre está despierta.
Las rosas engalanan los bucles de la moza
y hay lumbres encendidas detrás de cada puerta.

Has vuelto, Madre América, y ¡Dios sea bendito!
porque El armó tu brazo y te ciñó la espada.
Oíste desde lejos nuestro angustioso grito
y diste muerte al lobo de una sola pedrada.

Al lobo traicionero, gemelo de Caínes,
al animal protervo y de afilados dientes,
que despobló las selvas, los llanos y jardines,
y se bebió la sangre de entrañas inocentes;

de doncellas sin mancha, como el copón de un lirio;
de niños que ignoraban del dolo y de la guerra;
de madres inmoladas a sin igual martirio;
y jóvenes, orgullo y flor de nuestra tierra;

de cuantos no pensaban como pensaba el lobo,
presas de los delirios de una cólera loca;
de cuantos mantenían el pensamiento probo,
y el corazón más duro que la más dura roca;

de cuantos desafiaban la ira de los pingüinos,
en una apocalíptica persecución histérica;
y de cuantos juramos, a fe de filipinos,
hacer del alma y cuerpo vino y carne de América.

Bebimos la cicuta para servirte, fieles
a tu amor. Pero has vuelto, (el ave vuelve al nido)
y contigo la vida, con su carga de mieles,
es un renacimiento de nuestro Edén perdido.

El lobo ha muerto. Tierra y mar su sepultura.
Y, mientras se incorpora un mundo nuevo abajo,
quememos nuestras vidas en un ascua más pura
santificando bocas con la Hostia del Trabajo.

¡Que América ilumine la vía con la lumbre
de su antorcha inmortal! ¡Subamos a la cumbre
hollando en el sendero cabezas de opresores!
¡Que pase Madre América bajo un palio de palmas,
y sean, para amarla, veinte millones de almas,
formando una cadena de amor de los amores!

¡BATAAN! ¡CORREGIDOR!

Eran ellos, mis hermanos, los que un día, caballeros
sobre potros de Ilusión,
sin más armas ni coraza ni dineros
que su propio corazón,
escalaron las montañas y cansaron los senderos
en demanda de aventura,
por los fueros
de la raza sin ventura.
Eran ellos, mis hermanos, casta pura
de héroes, santos y adalides,
que tentaron a la muerte, buscándola sin pavura,
en la arena — fuego y sangre — de las lides.

Centenares y millares. Su armadura relucía
al sol, como hostias blancas, o fulgente pedrería.
Los sudores se escapaban de sus cuerpos, porque era
el sol duro, fuego el aire, y la fiera
redoblaba sus asaltos vomitando saña enorme,
pues gozaba provocando la tragedia multiforme.
Les he visto jadeantes por cañadas y barrancos,
con los pechos descubiertos, frente altiva,
zigzageando, como sierpes, por los flancos,
hacia arriba, siempre arriba,
entre truenos, sobre vallas,
tremolando los pendones,

encendiendo las metrallas
y arrastrando los cañones.
Les he visto comer hierbas, beber cienos, vestir hojas,
desafiando los peligros con fiereza de leones,
sin fatigas ni congojas,
pues querían con bautismo de aguas rojas
regar todas las llanuras, alumbrando los calvarios
con la hoguera luminosa de sus sueños libertarios.

Quien mataba y era muerto; quien hería y era herido:
que la vida
era para ellos una cosa sin sentido,
una lámpara encendida
en altares de martirio.
¡Morir joven, morir fuerte!
¿Qué la vida? ¿Qué la muerte?
¡Vida nuestra! Breve y sólo para ofrenda, como el cirio.
Y allá van. Y allá van,
con impulsos de huracán.
Allá arriba, nubes de aves aceradas
van cerniéndose, las entrañas recargadas
con industrias de la muerte, que en *blitzkrieg* muerte dan.
¡Son las aves mensajeras de Satán!
Pero ellos van y van.
Que ni el cuchillo del hambre, ni la bomba con sus rastros
les detiene en su brinco de epopeya hacia los astros.

Rezumando la piel hieles en su arrobo,
patalea el lobo:
ese lobo pendenciero, traicionero, pordiosero, carnicero,
lobo de horror y furor,
que en la tierra despetala los rosales del sendero,
y en las almas asesina los retoños del amor.

¡Bataán!
¡Corregidor!
¡Llave de la victoria, taumatúrgico pan,
cuya santa levadura fué el dolor!
¡Talismán
del valor,
y guardián
del honor!
¡Oriente y Occidente nunca os olvidarán,
Nuevas Jerusalem de Dios Nuestro Señor!
Siempre que se alce un reto al honor y al valor,
los cinco continentes rezarán:
¡Corregidor!
¡Bataán!

LA ROMERIA DE LA MUERTE

Cabizbajos, taciturnos, con espíritu cansino,
inclinados, como la hoja de la mies,
van descalzos mis hermanos, a la vera del camino,
con la lágrima en los ojos, con la sangre en los pies.
Macilentos, cual la caña exprimida de verano;
desgreñados, ojos huérfanos de luz.
¡Quien los viera, juraría no ver sombra de un hermano!
¡Más parecen nuevos Cristos desclavados de la cruz!

Son vencidos y caminan sin banderas;
son vencidos y el azote les flagela los costados.
A su lado van las fieras,
bandoleros con disfraces de soldados.
Son agudo de clarines,
pantomimas de grandeza, gestos ruines,
alaridos de jauría, roncas voces,
que los bárbaros son más fieros que Caínes,
dando vivas, dando gritos, dando coces.

Y los pobres van cayendo uno a uno,
como pétalos sangrientos de las ramas florecidas:
la agonía del ayuno,
el temblor de las heridas,
rostro pálido,
brazo escuálido,

cuerpo inválido,
frente a las hordas de Atila,
que cabriolan con fulgores malsanos en la pupila.

La apretada caravana
en su pena se sumerge y se agobia:
¿dónde el padre? ¿y la madre? ¿y la hermana?
¿y la novia?
El vencido llama al cielo, pero el cielo no responde.
— ¿Dónde han ido mis amores? ¿dónde? ¿dónde?
Y no extraña que su grito hasta las rocas taladre.
¿Por qué no llegas, oh, esposa?
¿por qué no vienes, oh, madre?
Y, no hallando desahogo a su pena,
como naipes que llorasen se derrumban por la arena.

Anda — dice un maldito a un ilongo,
anda, chongo.
Y el soldado hace esfuerzos y se estira,
pero, en vano. El aliento le flaquea.
Y el precito, loco de ira,
le cocea.
Este otro se rezaga, y le increpa un teniente.
La zumba la rebeldía,
y se para de repente.
¡Chis! ¡Chás! ¡Chás! Y la cara se le hace calcamonía.
¡Sigue! — ruge un sargento, mala facha,

barba de hacha,
tartamudo,
cojo y tuerto.
El "Usaffe" cierra el puño, como un nudo.
El sargento, de un hachazo, le derriba. Está muerto.

¡Pobrecita caravana,
no de hombres, animales!
La salvaje bestia humana
que te nombra raza hermana,
se ha cebado en tu carne como turbas de chacales,
ignorando que ni ahora ni mañana,
los fusiles, los cañones y las dagas infernales
podrán detener el vuelo a la altura
de un pueblo que bebe a solas el cáliz de su amargura,
hace cruces en el pecho y en la frente,
y prefiere vivir pobre, morir libre a ser paria
eternamente.

Y chirrían los camiones como vientres ululantes,
y rechinan las espadas,
y los tristes caminantes
cruzan sendas ignoradas,
las vírgenes sementeras y los ríos serpeantes,
perseguidos por el látigo de mesnadas
de villanos,
de cabezas tonsuradas,

de famélicos tiranos,
caras foscas y huesudas,
más deformes que el demonio y más traidores que Judas.

Mis hermanos van cayendo.
Mis hermanos van muriendo,
como perros, como hormigas,
de hambre, peste y fatigas.
El sol llora y agoniza
como máscara de fuego.
El camino se enrojece con el riego
de la sangre. Huele el viento a ceniza.
El holocausto, in *crescendo.*
Mis hermanos van cayendo.
Mis hermanos van muriendo.
Uno, dos, tres, ciento, mil.
Veinte mil, cincuenta mil. ¿Qué más da?
Esta cosecha de raza juvenil
y viril
no muere, no morirá.
Por cada vida truncada en el bélico delirio,
mil vidas retoñarán de los mártires en pos.
¡Los vencidos han vencido en la gloria del martirio!
¡Y las almas de los muertos son estrellas que nos guían
hacia Dios!

EL LOBO

En la sementera se ha asomado el lobo,
el lobo tirano:
la choza de nipa y el surco de oro
tallan en los aires su mueca de espanto.

Hace muchos meses,
hace muchos años
que en la copa verde de los viejos árboles
sólo se oye el limpio trinar de los pájaros,
y en el agua de los manantiales
se espeja la imagen azul de los astros,
y en el marco rubio de las eras jóvenes
sonríen al Sol los fecundos granos,
como bendiciones que el cielo regala
a un pueblo bendito sin hiel ni pecado.

Pero viene el lobo, el que vomitaron
los vientres del Asia, el lobo más bárbaro,
con pieles de manso cordero
y muecas de diablo.
Y al primer aullido, retiemblan los pueblos,
los bosques y llanos.
¡Pastorcico! — dice la torva alimaña
a un chiquillo enjuto, mugriento y descalzo,
que corría por agua a la fuente
cantando y cantando.

— Dame de comer, dame de beber,
que veo en tu choza gallinas y plátanos,
la leche espumosa de la caraballa
y el tufo caliente de tanto pescado.

Y el niño, roída la entraña de miedo,
con esa inconsciencia de los niños cándidos
que creen en consejas
y en duendes y endriagos,
todo lo dió al lobo: legumbres y huevos,
mantecas y granos;
el arroz que guardaba la abuela,
en la olla menuda, matando
la furia golosa
de sus tres hermanos.
Y no dió más, porque ya más no tenía
que dar en su casa al huésped extraño.

Pero, ¿qué pensáis que hizo el huésped-lobo,
rellenas las tripas con tanto agasajo?
¿qué pensáis que hizo
con el angelito moreno y tagalo?
El lobo se fué al niño y le dijo:
— ¡No te muevas! — y en rápido asalto,
le comió con sus dientes la carne
bebiendo la sangre de un trago.

Asistí a la escena
con odio y con asco:

el sol se tumbaba
en el oceano
en una agonía
de duelo y sarcasmo.
Yo no maté al lobo
con estas mis manos:
no estaba en mis fuerzas
el poder matarlo.
  Pero, os juro, amigos,
que en mi fondo humano,
aquí en mi conciencia,
lo había matado.

MILAGROS, EL NOMBRE DE ELLA

Era una niña dulce y pura:
anacreóntica hermosura
que parecía un madrigal:
era una linda criatura,
la más linda del arrabal.

Este arrabal era la Ermita,
rincón encantado que invita
a rememorar y a querer:
aun en su templo vive escrita
la historia hidalga del ayer.

Milagros, el nombre de ella:
no hubo doncella más doncella
en su gloria primaveral:
la envidiaban la blanca estrella
y la rosa del rosedal.

En la dulzura de sus labios
se calman todos los agravios
de la juventud. Porque, al fin,
¿quién ha visto labios más sabios
que sus dos labios de carmín?

Y porque era tan bella y santa,
a más de un corazón imanta

con embelecos de candor;
pero, ¡ay! en el nido aun no canta
el jilguerillo del amor.

Estrella en noche de verano,
perla azul en el oceano,
botón de rosa en mes de abril;
¿qué mano ha de cortar el grano
en las primicias del pensil?

Y así un día tras otro día,
se iba arropando de alegría
y de nieve aquel corazón:
Milagros era la poesía
engarzada en una oración.

El mozuelo y el estudiante
le cantan su trova galante,
junto al sabio y el mercader;
pero es más firme que el diamante
el alma de aquella mujer.

No tientan su noble albedrío
riqueza, fama y poderío,
ni el más rozagante doncel
pudo apresar aquel navío
para erigirse en timonel.

De la noche a la luz escasa,
traspone el umbral de la casa
el lobo, aullando de furor.
Dentro, un piano viejo acompasa
un potpourri del "Trovador."

Hay un clamor de angustia fuera.
El aire llora. Ermita entera
es una Sodoma sin fin.
Fiera sed de sangre, la fiera
tiene la entraña de Caín.

En su celdilla de beata,
ante un altarcito de plata
la niña ora con fe tenaz;
pero un leve tinte escarlata
pinta la agonía en su faz.

Para dominar tanta furia,
ruèga, gime, clama, injuria
en un impulso virginal;
pero un infierno de lujuria
quema la piel del animal.

—Dame tu cuerpo de azucena
y bríndame tu carne llena,
en una orgía de los dos:

tu negativa es tu condena
y no te salva ni tu Dios.

Milagros, como débil hoja,
tiembla: acrecienta su congoja
la campanada del reloj:
de pronto, su voz, de ira roja,
acuchilla los aires: — ¡No!

— No pongas a tu impulso brida,
y castígame sin medida,
que de mi agua no beberás:
podrás despedazar mi vida,
mas cebarte en mi honra jamás.

— ¡Mientes! — No miento. La alimaña
siente crispársele la entraña,
mas ve, en su ceguera de mal,
que no puede quebrar la saña
una conciencia de cristal.

—Dame la muerte con premura,
que de esta hembra de casta pura
tendrás la vida, no el honor;
y llégate a mí en la postura
que más convenga a tu rigor.

Ella le miró de soslayo:
parecía un lirio de mayo

que se abriera en la oscuridad.
El monstruo, veloz como un rayo,
se le abalanzó sin piedad.

—¡Ay, mi Dios! . . . De una dentellada,
más asesina que una espada,
le comió el cuerpo de marfil.
. . . Y Milagros, inmaculada,
se fué a la muerte de perfil.

LA ULTIMA MISA DEL PADRE BLAS

Hay mucha gente en la iglesia.
Colmenar de sacristía,
los mozos y sacristanes
revolotean y giran
con una inquietud de pájaros
y un alborozo de niñas.
Son las ocho. El padre Blas
va a decir la última misa,
que están los cielos preñados
de nubes de pesadillas.
Rumor de voces pregona
el peligro. Se santigua
la aldea, y ya media aldea
ha irrumpido en las colinas.
El murmurio pueblerino
es una oración ambigua:
relámpagos de exorcismos
contra furias asesinas.

El padre Blas llega. Viste
estola y túnica nítidas,
que contrastan con los muros
agrietados de ceniza.
Introibo ad altare Dei,

suena la voz. En seguida,
como enjambres de luciérnagas
las preces se diseminan.
Un viejo calvo, en un ángulo
farfulla una letanía
confusa, dándose golpes
en el pecho. La vecina,
con tres críos a la vera,
dice tres Avemarías
y tres salves. El efebo
del alcalde se arrodilla.

De pronto, un agrio murmullo
de voces quiebra la brisa:
ruido de botas y espadas,
pregón de muerte vecina.
Dentro, una onda de inquietud
con calofríos se riza.
Entra el lobo. Suenan ayes;
miedo con temblores de ira.
Brinca el lobo. Muerde el lobo.
El corazón de la misa
se ha parado en seco, cuando
el pan de la Eucaristía
vuela, pájaro redondo,
a anidar en bocas limpias.

El animal viene y va
comiendo niños y niñas.
Ruedan cabezas de viejos
como tronchadas espigas,
y un olor de sangre cálida
llena la atmósfera tibia.
Espumajea la boca
del lobo, hecho una trilita.
Sintiendo a Dios dentro, mueren
riendo, una a una, las víctimas.

Brinca hacia el altar el lobo:
en los dos ojos rutila
la cólera desatada
que sus entrañas calcina.
Ya le siente el padre Blas.
Con ojos de Dios le mira,
ojos de misericordia
que al amor de Dios convida.
Pero el maldito resuella
con la garganta de Atila,
y de un brinco, la sotana
y los muslos descuartiza.

La boca, empero, del padre
es copón de maravilla;
y antes de volar el alma,

se le despide la vida
con un grito que los aires
rasga: ¡Jesús y María!

El cuerpo se le desploma,
como un tronco, en agonía.
A su lado, los cadáveres
en piltrafas y sardinas.
¡Dientes feroces de lobo!
¡Olor a carne y ceniza!
El aire, lleno de angustias.
La blanca iglesia, vacía.
El lobo, allí.
El padre Blass
ha dicho su última misa.

VOZ DE LOS POETAS DE ALLA

Manuel Bernabé visitó España por vez primera en Octubre de 1951, acompañando al entonces Presidente de Filipinas, Elpidio Quirino. Los círculos de cultura y literarios de Madrid acogieron al Poeta con entusiasmo inacabable. En homenajes frecuentes, vibró siempre una impresionante manifestación de simpatía y cariño españoles hacia Filipinas.

La entidad cultural "Alforjas para la Poesia' organizó en honor de nuestro Poeta una función en el Teatro Lara de Madrid. Bernabé declamó ante un muchedumbre selecta sus versos e improvisó algunos, que adornan estas páginas. Su éxito fué deslumbrante. La cadencia de su poesía, modelada mejor por el cincel de su voz, abrió en delirio de palomas las manos batientes de la multitud.

En aquel acto, José Ma. Pemán, José García Nieto y Antonio Medrano, tres de los poetas españoles más arraigados en la fama, dijeron, para honra de nuestro Poeta, los versos que aparecen en las páginas finales. (*Nota del Editor*)

SALUTACIÓN A FILIPINAS
En el poeta MANUEL BERNABE

La Hispanidad nos suena como voz ancha y dura.
Su medida es la misma curvatura
del camino del Sol;
pero hay un ramillete prendido en la cintura
que aniña la estatura de este mundo español.

Por el Perú y por Méjico somos la aristocracia
de los conquistadores:
por las islas lejanas y su ramo de flores
la epopeya española se suaviza de gracia.

Sobre lacas ingenuas nos abanica el viento.
El mar azul se vuelve de cristal,
y acunado en la cuna de un suavísimo acento,
el sonoro romance se duerme en madrigal.

Sois como benjamines
de la gente española:
como un raro manojo de morenos jazmines
que acunan las sirenas en las olas.

Y os queremos por eso
con un temblor de pena y de cariño:
el cante de este hermano, Poeta, es como el beso
que, dormido, ponemos en la frente de un niño.

Pero no sois nenúfares del lago
sobre el papel de un abanico . . . El pago
de esa paz de sirenas en que os vemos
es un amor nostálgico y doliente.

Sois un hilo de pena bajo los crisantemos.
Sois el color de España nublado de poniente.
No sois España fácil . . . . Sois la boca del río
donde la fuente canta dolor de lejanía.
España es en vosotros, pura como un rocío
sobre los prados secos de la melancolía.

Sois la espuma lejana que salpica al caballo.
Ya cercano a la cumbre sois el último helecho.
¡Qué delgada de amor tiene su tallo
la flor de nuestra sangre dormida en vuestro pecho!

Vuestro amor es más puro porque es de lejanía,
y es vuestro castellano como un miedo en la voz.
¡Sois dos veces España; porque sois agonía,
y España ha sido siempre agonía de Dios!

Pero se acerca un mundo donde ya los colores
enemigos y crudos, que sin paces ni amores,
enseñaba a los niños el maestro,
se van plegando igual que una bandera.

Un mismo dardo hiere la humanidad entera;
y en el mapa sangrante de este mundo siniestro
no hay más que una frontera
hecha del manso curso de un mismo padrenuestro.

Hay un mapa de arrullos, besos y corazones,
bajo el mapa en rotura que destroza el planeta.
Hay un mapa de versos y oraciones
donde tú y yo tenemos igual color, Poeta.

Unidos como se unen en el aire de Mayo
claveles y canciones,
nuestras independencias de ayer fueron ensayos
para la independencia de nuestros corazones.

Ya saben nuestras manos de espadas y osadías.
Y de canción y grito ya sabe nuestra voz.
Porque aprendices fuimos los dos de rebeldías,
sabemos rebelarnos contra un mundo sin Diós.

Con el alma, entre el odio, como un lago, tranquila,
y entre el dolor vestidos de luz y de contento,
codo con codo estamos, compañero, en la fila,
soldados de la rosa contra el furor del viento.

Si llega la hora mala, se alzará en el asedio
el parapeto altivo de nuestro corazón.
Si llega la hora mala del odio sin remedio,
¡nos encontrará el odio midiendo una canción!

A esas últimas islas de nuestro amor lejano,
cuéntales tú, Poeta, cuéntales que un hermano,
ciudadano del mundo que sufre y canta y reza,
les tiende, con temblores de esperanza, la mano:
y en el nombre de Dios y la Belleza,
les pide con un grito que es historia doliente,
y es ley de la memoria y es dedo del Señor,
que unan el gozo al gozo y el dolor al dolor . . .
¡Nos hacéis falta, sílabas aisladas del Oriente,
para que suene en verso nuestro grito de amor!

JOSÉ MARÍA PEMÁN

A MANOLO BERNABÉ, DESDE UN LUGAR DE ESPAÑA

Manolo Bernabé, tiene mi España,
la tuya, le que vibra entre tus manos
hoy, cuatro vientos, cuatro puntos de oro
y llama y grita al mar desde los cuatro;
cuatro versos de sal que van diciendo
los caminos del mundo, que, cantando,
van poniéndole nombres a la tierra
y arrancando señales a los astros.
Manolo Bernabé, por uno de ellos,
no sé si el que trajiste, voy despacio.

A la orilla del mar pondré una rosa
con tu nombre. La traigo
desde el día que supe de tus versos
y de tu fuerte mano,
y de Rubén diciendo sus palabras
por la dulce ventana de tu labio.
Ahora que voy dejándome en mi tierra
ojos y alma y corazón y pasmo,
pienso en los que venís de pronto a amarla
y siento en ella vuestro enorme abrazo.
Hay una luna roja por Toledo,
y el "claro, curvo y descansado Tajo"
va dejando en sus márgenes suavísimas

toda la soledad de Garcilaso.
Desde aquí te recuerdo y te presiento
palpitante y andando
toda esta tierra nuestra.
Allá, tus islas
sobre un mar numeroso y deseado,
guardan el nombre de mi Rey, y guardan
en verso magistral y castellano,
Manolo Bernabé, tu voz antigua
como la nuestra, tu encendido canto,
que llena el mundo en su total medida,
vence vientos contrarios
y vuelve a hacer posible con palabras
lo que fué con el cetro y con el brazo:
que no se ponga el sol para quien habla
el verso con que tú vienes a hablarnos.

JOSÉ GARCÍA NIETO

Toledo, 17-10-51

SONETO DEL ADIÓS IMPOSIBLE, A MANOLO BERNABÉ

No es posible el adiós, si en la partida
se niega el alma a conocer la ausencia;
no es posible el adiós, si tu presencia
se me ofrece, a la vez breve y temida.

Que tu marcha, tan pronto fué sabida,
me ha granado un dolor en la conciencia:
es amargo, al rendirse a la evidencia,
tender el puente de la despedida.

Y al saber que los dos somos hermanos
y que si tú te vas, los dos nos vamos;
y porque sé que, puesta la fe en Dios,

nos ligan sangre, idioma y heroísmo,
escucha, hermano, y por ello mismo,
perdona si no sé decirte adiós.

JOSÉ ANTONIO MEDRANO

Madrid 28-10-51

(Recuerdo de muchas horas cordiales, y en promesa española de un reencuentro feliz.)

I N D I C E

Página

FRONTISPICIO, POR CLARO M. RECTO v

I. ESTAMPAS Y PAISAJES

Mujer del pueblo 1
Aquella buena estirpe 2
Semblanza del Capitán Tagalo 5
Vesperal 6
Bendito mi Gallo Blanco 8
Frontis 10
Vida Bruja 11
Surco de Eternidades 13
Estampa Campestre 14
Vuelve a mí, Señor 15
Penitencia 17
La Noche era Día 18
Se vestirá de fiesta 20
No así el ánima viuda 21
Veterano 22
Gratitud 24
Jacinta Alcaraz 26
Erizada a Tierra de puñales 29
Romance de un Santo Día 32
Una Limosna por Dios 34
La Musa que parió una Estrella 36
Al pintor García Llamas 38
Retrogresión 39
Entonces y Mañana 40
¡Padre y Señor! 44
Estampas de Navidad 45
Años, ¿qué son los años? 47
Corazón, ¿qué más quieres? 48
Zapote 49
Al Sagrado Corazón de Jesús 54
Germinal 56
Canción de Estío 59
Sinceramente 61

II. ESPAÑA METIDA EN EL ALMA

Filipinas a España 63
Clavel de Eternidades 68

Página

Mi Casa es tu Casa 72
España y Sto. Domingo 76

III. CUANDO LA MUERTE NO ES MUERTE

Mi Madre se ha muerto 87
A donde Jesús te espera 89
Imploro 92
Como el cisne sobre el agua 96
Con oro y con empaque y sin decencia 100
Agua, Roca y Luz 101
Elegía del amor maternal 103
Suspiro de Dios 105

IV. QUERELLAS Y QUERENCIAS

¡Qué pena, pena! 107
Señor, no me la quites 108
Amores que son temores 109
Una pregunta 111
Despierta 112
Sin ruido 113
Es así 114
Mía 115
Te esperaba 116
Impulso 117
Agonías 118
El hilo del amor 119

V. LUTO EN LA TIERRA Y EN EL CIELO

Dios bendiga a América 121
¡Bataán, Corregidor! 124
La Romería de la Muerte 127
El Lobo 131
Milagros, el nombre de Ella 134
La última misa del padre Blas 139

VI. VOZ DE LOS POETAS DE ALLA

Salutación a Filipinas, José Ma. Pemán 145
A Manolo Bernabé desde un lugar de España, José Garcia Nieto 149
Soneto del adiós imposible, José Antonio Medrano 151